LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA

EDICIÓN AMPLIADA

PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

**LIBRO JUBILAR EN HOMENAJE
AL PROFESOR ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

**LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

INSTITUTO INTERUNIVERSITARIO DE GEOGRAFÍA
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Publicaciones de la Universidad de Alicante
03690 Sant Vicent del Raspeig
publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965 903 480
Fax: 965 909 445

© los autores, 2016
© de la presente edición: Instituto Interuniversitario de Geografía y Universidad de Alicante

ISBN: 978-84-16724-09-3
DOI: <http://dx.doi.org/10.14198/LibroHomenajeAntonioGilOlcina2016>

Coordinación:
Jorge Olcina Cantos y Antonio M. Rico Amorós

Edición, composición y diseño de cubiertas:
Clotilde Esclapez Selva

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización
de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA GEOGRAFÍA DE LOS ESTADOS MICÉNICOS. METODOLOGÍAS Y RESULTADOS*

Francisco Aura Jorro

Universidad de Alicante

A Antonio Gil, amigo y maestro

1.1. Es bien conocida la dificultad que entraña tratar cualquier aspecto referido a la Grecia del segundo milenio. Los recursos tradicionales, como son el análisis de los documentos, la consideración de la tradición textual posterior, la arqueología, la tradición homérica o la comparación de los datos textuales micénicos con los que suministra el Oriente Próximo, no bastan por sí solos para coronar el empeño con un éxito razonable. Es más, la aplicación de alguno carecerá de oportunidad en según qué fines.

En cuanto a la geografía micénica, los recursos mencionados adolecen de limitaciones. Puesto que, si escasa y parcial, como vamos a ver a continuación, es la información que ofrecen los textos, la primera manifestación escrita legible de Occidente, la arqueología, sin el auxilio de aquellos y el de la tradición posterior, no podrá ir más allá de la mera evaluación de los hallazgos. Resultando cuestionables, en la mayoría de los casos, las identificaciones de topónimos antiguos hechas solo sobre esta base, ya que la localización de un yacimiento, en sí misma, será eso, precisamente, y nunca una referencia geográfica del pasado.

De manera que, en nuestro caso, solamente será relevante el hecho arqueológico en las ocasiones en las que la tradición posterior conserve el

* La elección del tema de este trabajo, homenaje personal al Profesor Gil Olcina, de quien, como tantos otros, me declaro deudor de «mucho y bueno» y, lo que es mejor, afortunado receptor de su amistad, tiene que ver, como es claro, con su categoría administrativa de Catedrático de Análisis Geográfico Regional, que no con la realidad de sus saberes que desbordan a aquella por todas partes. De otro lado, y en un orden de cosas más personal, recién jubilado de mis tareas docentes, he querido cerrar el círculo de mis trabajos, en activo, con uno que recuerde, por su temática, el primero con el que comencé mi andadura en estos estudios en la antigua Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid, mi memoria de licenciatura (*Léxico de topónimos y étnicos en la lineal B*).

(Trabajo realizado en el marco del Proyecto de Investigación FFI2010-21640, financiado por la Secretaría de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación, Dirección General de Investigación Científica y Técnica, del Ministerio de Economía y Competitividad).

nombre del topónimo micénico¹. Algo que solo ocurre con los escasos topónimos seguros, en cuya identificación han coincidido textos, tradición y arqueología.

Un problema similar, quizá de mayor complejidad, lo plantea el uso de la tradición homérica. Ya que, si bien no puede negarse la realidad de una tradición antigua (micénica) presente en los poemas², no debe olvidarse que, más a menudo de lo que cabría esperar, éstos describen situaciones contemporáneas a la época de su composición. La cuestión estribará, pues, en averiguar el valor de esa tradición y el uso que de ella han podido hacer los aedos.

Partidarios, como somos, de la inexistencia en época micénica de textos literarios, creemos firmemente que la transmisión de sus contenidos, que sí que debieron existir (épicos, himnicos, etc.), ha sido oral. Este hecho, si es que ello fue así, los habría dejado sujetos a las alteraciones del devenir temporal (cuanto menos tres siglos), así como a las modificaciones, aún mayores si cabe, debidas a la idealización del aedo. Ambas posibilidades, unidas a una realidad indiscutible, la de que los compositores de los poemas épicos eran poetas y no historiadores, reduce, en nuestra opinión, el valor histórico de los poemas.

De manera que, pretender utilizarlos como el espejo en el que se refleja la Grecia del segundo milenio abocará, tal como ocurrió con anterioridad al desciframiento de la lineal B e, incluso, después de este, a interpretaciones erróneas en las que se confunde lo que puede ser tradición o herencia, difuminadas por el tiempo, con situaciones pertenecientes a una época posterior.

En este sentido, y referidos al caso concreto de la geografía micénica, nos contamos entre quienes piensan que el llamado *Catálogo de las naves* (*Iliada* 2, vv. 494-759), pese a reconocer en él ciertos elementos que pueden hacerse remontar a la época micénica, describe, en general, una situación geopolítica que debe corresponder a la época inmediatamente posterior a la destrucción de los palacios micénicos³, lo que lo invalida como fuente

1 Saliendo del estricto ámbito geográfico, muy diferente será la consideración que merezca el maridaje entre textos y arqueología, en orden a un mejor conocimiento de la Creta de la Edad del Bronce, como hacía patente J. CHADWICK («Relations between Knossos and the Rest of Crete at the Time of the Linear B Tablets». *Proceedings of the Thirtieth International Cretological Congress. Rethymno 18-23 Sept. 1971*. Vol. I. Atenas, 1973, pp. 39-45).

2 Como lo demuestran, entre otras cosas, una parte de la antroponimia homérica o el reflejo, más o menos fiel, de aspectos de la cultura material micénica en los poemas; descontada la mayor de todas, la verosimilitud de la expedición punitiva aquea contra Troya.

3 O incluso más tardía, como hará M. FINKELBERG («Homer as a Foundation Texts». M. FINKELBERG -G. G. STROUMSA [eds.], *Homer, the Bible, and Beyond: Literary and Religious Canons in the Ancient World*. Leiden-Boston, 2003, pp. 79-85), quien lo considerará una inserción perteneciente, probablemente, al s. VII a.C. No obstante, compartimos la opinión de D. MARCOZZI y M. SINATRA

concreta para el estudio de su geografía. Y ello sin perder de vista que, como se ha apuntado en más de una ocasión, el pasaje, en sí, no es otra cosa que la relación de los caudillos aqueos y de sus lugares de procedencia que, con sus huestes, acompañaron a Agamenón en su expedición contra Troya⁴.

Por último, de la comparación de los datos micénicos con los que suministran los archivos orientales⁵ no cabe hablar aquí; puesto que su concurso resulta inoperante en el caso de la geografía.

De lo dicho podemos inferir que un procedimiento a seguir para intentar situar geográficamente los términos identificados como topónimos micénicos debe responder a un uso complementario de la tradición textual y la arqueología. De esta manera, solo la coincidencia léxica de un topónimo micénico con su correspondiente del primer milenio, avalada por la realidad en ese lugar de un yacimiento arqueológico pertinente, sustentará su localización. Ya que una identificación meramente nominal de nada serviría si no se constata su realidad en el segundo milenio.

A la inversa, contar solo con la arqueología tampoco resolverá el problema, puesto que situar un yacimiento micénico en un mapa no plantea

(«Il Catalogo delle navi: un problema ancora aperto». *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici* 25, 1984, pp. 303-316) para quienes, lejos de extremismos protagonizados por los que defienden, sin matices, su consideración como «antiguo» o «reciente», quizá fuera mejor la posibilidad intermedia, la que predica que la información que ofrece el texto épico podría derivarse de una tradición antigua; en cuyo caso adquiriría un cierto valor como fuente para el conocimiento de la realidad geográfica micénica.

4 Resultaba muy ilustrativa, sobre estos aspectos, la reflexión, ya antigua, que hacía J. L. García Ramón («En torno al *Catálogo de las Naves* homérico. [A propósito de un reciente libro de R. Hope Simpson y J. F. Lazenby]». *Cuadernos de Filología Clásica* 7, 1974, pp. 145-189), al hilo del comentario de la obra mencionada (*The Catalogue of the Ships in Homer's Iliad*. Oxford, 1970).

5 Obviamente este procedimiento, apropiado para cuestiones administrativas, económicas o sociales, será de nulo interés para las tocantes con la geografía. A título de información hay que decir que bien escasas y gaseosas son las referencias que a micénicos (o, incluso, a minoicos) podemos encontrar en los estados vecinos y contemporáneos del Mediterráneo oriental. En realidad, solo dos parecen hacerlo: el imperio hitita y el Egipto de la XVIIIª dinastía. En el caso del primero, se trata de la mención a los *Ahhijawā* en un puñado de textos, datables entre mediados del s. XV y el primer tercio del s. XIII a.C.; cuya equiparación con los Ἀχαιοί, los aqueos, representa, desde antiguo, un notable punto de controversia. Si bien, hoy son mayoría quienes aceptan la realidad del conocimiento mutuo de ambos poderes que, en esa época, flanqueaban el Egeo y, consecuentemente, hacen probable la identificación de estos *Ahhijawā* con los griegos de Micenas, de Rodas o, incluso, de Tebas, según las preferencias de cada uno. En el caso de Egipto, contamos, asimismo, con otras dos citas referidas al mundo micénico, quizás más claras en cuanto a la identidad, pero que en nada ayudan a los propósitos geográficos. La primera, se refiere a «(las gentes) de *Keftiu*» (interpretación, no exacta del todo, que escogemos en aras de la brevedad). Es ésta una designación utilizada por los gobernantes del «Don del Nilo» para los pobladores de la Creta (minoico-micénica) y del continente micénico. La segunda, aparentemente, de mayor concreción y enjundia, tampoco supone una utilidad apreciable para el conocimiento de la geografía micénica, cretense o continental. Nos referimos a la inscripción incisa en una de las cinco basas para estatuas colosales del templo funerario de Amenhotep III, ca. 1375, en Kom el-Hetan, en la que aparecen, entre otros y escritos en jeroglífico, varios topónimos micénicos (cretenses y continentales) y, quizá, egeos; cuyo valor, además de constatar la realidad de relaciones entre Egipto y el mundo micénico, sería el de dibujar una de las rutas importantes de este período, la que unía Egipto con el continente griego a través de Creta (E. Cline, «Amenhotep III and the Aegean: A reassessment of Egypto-Aegean relations in the 14th century B.C.». *Orientalia* 56, 1987, pp. 1-36).

problema alguno⁶. Ya que, como acabamos de apuntar, si no hay coincidencia con un topónimo histórico la identificación resultante corresponderá siempre a un topónimo moderno⁷, quedándonos, de esta manera, ayunos en cuanto a su realidad geográfica concreta en el segundo milenio a.C.

Queda claro, pues, que de los recursos tradicionales apuntados arriba solamente serán pertinentes para la localización e identificación de topónimos los textos y el auxilio que a éstos puede otorgar la arqueología. Esta última como elemento probatorio de la realidad de una localización toponímica, mediante la constatación en el lugar indicado de un yacimiento que corresponda a la época tablética. Insistiremos en ello más adelante.

1.2. Llegados a este punto conviene una descripción de la documentación con qué contamos, nuestro recurso principal. Ésta, además de mostrarnos su naturaleza, nos ayudará a discernir sus inconvenientes y ventajas en orden a la consecución de nuestro objetivo.

Comenzaremos por decir que, al contrario de lo que ocurre en el mundo oriental, no existe en las tablillas micénicas nada parecido a mapas o descripciones territoriales o topográficas que permitan, si quiera de modo aproximado, un acercamiento a la organización geográfica de la Grecia del período final de Bronce y más concretamente a la de sus estados.

Carecemos, igualmente, de catastros o cosa parecida; puesto que el grupo de tablillas pílías, pertenecientes a las series E-, y que durante mucho tiempo se creyó que formaban un registro de ese tipo; en realidad, no van más allá de anotar la tipología (comunal o privada) de algunas parcelas de tierra en el territorio de *pa-ki-ja-na*, la *hierópolis* de Pilo, así como las diferentes posibilidades o grados de tenencia (propiedad, usufructo) a que están sujetas, sin incluir en absoluto referencias topográficas.

Son documentos burocráticos⁸, cuyos textos, excepto en las contadas

6 Contamos, desde antiguo, con excelentes atlas que sitúan en los mapas los yacimientos micénicos. De entre estos seleccionamos, como ejemplos el de R. HOPE SIMPSON (*A Gazetteer and Atlas of Mycenaean Sites*. BICS, Suppl. N° 16. Londres, 1965), la primera obra de este tipo que vió la luz, referida a la Grecia continental e islas adyacentes, así como las más modernas entregas de «Review of Aegean Prehistory» que, secuenciadas en períodos y publicadas por varios autores, a partir de 1992 en la revista *American Journal of Archaeology*, se ocupan de los yacimientos continentales, cretenses, isleños o anatólios. Estas últimas han sido reunidas en un volumen por T. CULLEN (ed.) con el título *Aegean Prehistory: A Review*. *American Journal of Archaeology Supplement* 1. Boston, 2001.

7 V. en este sentido, por ejemplo, a M. RUIPÉREZ - J. L. MELENA, *Los griegos micénicos*. Madrid, 1990, p. 106.

8 En cuanto al tamaño, al igual que en la actualidad, es posible que un documento corresponda a una sola tablilla (una página, diríamos hoy) o, por su mayor extensión, necesite más de una. En este último caso, recibe el nombre de «set» o «juego» el conjunto de tablillas (o páginas) que, formando un único documento, son obra del mismo escriba o funcionario y se archivan juntas. Ejemplos de estas agrupaciones tabléticas son el «set» *o-ka* de Pilo o las «series» **Ma** y **Pp**, de Pilo y Cnoso, respectivamente. El primero, compuesto por cinco tablillas, describe, como vió muy bien CHADWICK (*The Mycenaean World*. Cambridge, 1976, pp. 175-177), un dispositivo estratégico, desplegado sobre

ocasiones en las que parecen palpar con un halo de vida⁹, son extremadamente áridos, rígidos y asépticos. Calificativos en absoluto excesivos y que, como puede comprenderse, evidencian su dificultad interpretativa.

Sus anotaciones son provisionales, de vigencia anual¹⁰, parciales, por tanto, y hechas sobre tablillas de arcilla cuya cocción fue el resultado afortunado del desastre que supuso el incendio de los palacios. Esa anualidad puede significar que, con el cierre del año, las anotaciones tablélicas fueran trasladadas, de manera más cuidadosa, a papiro o piel.

Como también se ha dicho hasta la saciedad, su información, además de parcial (y fragmentada), versa, tan solo, sobre registros de personal, bienes y productos propiedad de los palacios o resultado de la fiscalidad impuesta por éstos a sus territorios o individuos; cuya anotación está directamente relacionada con el sometimiento al procedimiento administrativo-fiscal que aquellos aplican sobre éstos.

En cuanto a los topónimos que anotan, su única razón es la de situar los bienes de todo tipo, personal incluido, propiedad de palacio o relacionado con este, y también, cuando es el caso, su origen o destino, así como las cargas fiscales impuestas a las localidades (o circunscripciones de las que la localidad anotada es la cabeza) o individuos. Nunca facilitan información sobre su situación geográfica. Solamente, en Pilo, es posible que den una pista de este tipo funcionarios/escribas diferentes cuando, en documentos

la costa occidental del reino, de N a S, ante la posibilidad de una amenaza proveniente del mar, que relaciona destacamentos de vigilancia costera, *o-ka*, con las unidades de combate del ejército pilio (v. fig. 1). En cuanto a las series mencionadas, las tablillas de la primera, la **Ma**, registran asignaciones impositivas de seis productos aplicadas a los distritos de ambas provincias (cada uno de cuyos topónimos iniciará un documento), de acuerdo con una ley fiscal y con especificación del monto de lo recaudado y debido; por su parte, los documentos de la serie **Pp** se refieren a la LANA. Es posible que, en ocasiones, «serie» y «set» se confundan. La diferencia estriba en que el elemento distintivo de una serie es su temática, indicada por los ideogramas correspondientes que aparecen en su texto, y, además, que puede estar compuesta por uno o varios «juegos» o «sets». Ello supondrá, para el primer caso (el «set»), que un único escriba será su autor; mientras que en el segundo (la «serie») lo serán tantos como «juegos» la compongan. Éstas, por lo general, se definen, según estableció E. L. BENNETT, Jr. con anterioridad al desciframiento (*The Pylos Tablets. A Preliminary Transcription*. Princeton, 1951), por dos letras; la primera, mayúscula, indica la clase general (personal, ganado, ovejas, cereales, etc.), la segunda, minúscula, la subserie que responde a características formales del documento y del texto.

9 Nos referimos a casos (escasos) como los comienzos de las tablillas pilias **Ta 711** o **Un 2**. La primera abre el inventario del ajuar (mobiliario incluido) utilizado en los banquetes rituales y que se ha hecho con ocasión del relevo en la mayordomía de palacio; **Un 2** registra el envío, por parte de un funcionario de título *o-pi-te-ke-u*, de los alimentos que van a ser consumidos en uno de estos banquetes, celebrado con ocasión de la «iniciación» del rey.

10 Que en la realidad es mucho más reducida; puesto que, en términos generales, está limitada al período del último año de vida de los palacios que finaliza con su destrucción (o destrucciones). La primavera, aproximadamente, para la mayoría del archivo de Pilo; el verano (o su final) para el último estrato del de Cnoso. Nada comparable con los archivos orientales, cuyos fondos, cuantitativamente muy superiores a los micénicos, interesan a períodos de tiempo mucho más dilatados. Es el caso, por ejemplo, de los de Bogāz-köy o Ebla, donde lo archivado corresponde, aproximadamente, a un par de siglos. Recordamos, además, en beneficio de estos últimos respecto de los micénicos, que la información y temática que anotan sus documentos es mucho más rica, variada y completa que la que éstos proporcionan.

diferentes, repiten, en el mismo orden, la secuencia de los distritos de la *de-we-ro-a₃-ko-ra-i-ja*, una de las dos «provincias» que componen el reino. Eso parece sugerir un orden «canónico» que, como demostró Chadwick, era «geográfico», puesto que seguía la dirección N - S¹¹.

Habida cuenta de todo esto, puede comprenderse las dificultades con las que tropiezan quienes pretendan elucidar cualquier aspecto de esa sociedad a partir de la documentación¹². Situación a la que, en absoluto, será ajena la investigación geográfica; posiblemente, de las más damnificadas en este sentido.

Pese a lo dicho, la situación no es tan desesperada como podría parecer a primera vista; puesto que dado el carácter administrativo de los textos archivados, éstos sí suministran un número, relativamente, considerable de topónimos¹³ que, como también se ha advertido, son escrupulosa referencia de la localización, envío o procedencia de individuos (equipos de trabajo, remeros, etc.), cosechas, ganado o bienes de diferente índole, así como de las no menos importantes anotaciones fiscales.

Añaden los documentos, además de topónimos, una nómina, suficientemente nutrida, de adjetivos étnicos, tanto en función propia como en la de antropónimos que, además de complementar la información geográfica y económica, nos instruyen, asimismo y entre otras cosas, sobre las relaciones que pudieron establecer los estados micénicos, tanto entre sí, como con otros pueblos Mar Egeo de por medio¹⁴.

11 Si bien, son posibles otros ordenes, igualmente, canónicos.

12 Como muy bien se ha dicho, y no sin humor ni razón, ese es un empeño similar al de querer revivir una película a partir de un único fotograma o tratar de recuperar un tapiz a partir de unos escasos flecos en el orillo de la urdimbre.

13 J. K. McARTHUR (*Place-Names in the Knossos Tablets: Identification and Location*. Suppl. a *Minos* n° 9. Salamanca, 1993, p. 11, n. 15) contabilizaba 920 tablillas con referencias toponímicas (étnicos incluidos), de las aproximadamente 3000 tablillas cnósias conservadas.

14 Algo que, también, constata algún topónimo, como es el caso de la mención de *te-qa-de* (Θῆβαις-δε), «a Tebas», en un documento de Micenas (X 508) que anota una remisión de paños con ese destino, cuya causa se desconoce. En cuanto a los étnicos, resulta significativa, en este sentido, la mención de un *ra-ke-da-mi-ni-jo* (variante gráfica de *ra-ke-da-mo-ni-jo*), en varios documentos tebanos e, incluso y en una ocasión, la de su hijo (*ra-]ke-da-mo-ni-jo-u-jo*). Obviamente, se trata de un tal «Lacedemonio» (cf. Λακεδαιμόνιον), un étnico en función de antropónimo, receptor, no sabemos por qué razón, de raciones de cereal entregadas por el palacio tebano. Pasados al terreno de las relaciones de los micénicos con el exterior, hay que decir que aparecen en la documentación étnicos, verosímelmente también en función de antropónimos, como *mi-sa-ra-jo* (*Μισραιος, cf. el topónimo *Miṣr*, «Egipto») o *a₃-ku-pi-ti-jo* (Αἰγυπτιος) que hacen referencia a Egipto («El Egipcio»); así como el par *ku-pi-ri-jo* (Κύπριος, cf. Κύπρος) y *a-ra-si-jo* (*Ἀλάσιος, cf. Ἀλασσα, nombre antiguo para Chipre), ambos referidos a Chipre y cuyo significado sería, respectivamente, «El Chipriota» y «El Alasijo» o «El hombre de Alasa»; cabe uno más, *ru-wa-ni-jo*, probablemente, «El Luvita», según acertada propuesta de P. WIDMER («Mykenisch *ru-wa-ni-jo* 'Luwier'». *Kadmos* 45, 2006, pp. 82-84). Como en la actualidad, debemos precavernos de entender la mención de estos étnicos, solamente, en el sentido de un origen en esos lugares. Cabe, también, la posibilidad de que Egipto o Chipre o, incluso, el país de los luvitas, en Anatolia, hayan jugado algún papel en las vidas de quienes los llevan o en la de su familia. Sería esto algo parecido a lo que significó entre nosotros términos como «indiano» o, aún hoy, «americano». Referido, el primero, a españoles que hicieron fortuna en alguno de los países resultantes de las antiguas colonias americanas; en tanto que el segundo puede tener

Respecto a este léxico, cabe plantearse sus dos cuestiones principales: la de su identificación tipológica y, una vez establecida ésta, la de su localización en una carta geográfica.

La primera se reduce a reconocer su naturaleza de topónimo o étnico. Resulta ésta aceptablemente asequible, gracias al recurso a la morfología (presencia de sufijos como *-de*, *-te*, *-i-jo*/ *-i-ja*, etc., según se trate de topónimos o adjetivos étnicos) o al de otros procedimientos, siempre relacionados con el contexto¹⁵.

Contrariamente, la segunda, la situación en un mapa de un término micénico definido como topónimo, será mucho más problemática. Este ha sido el verdadero problema de la geografía micénica. Dejadas aparte las escasas identificaciones de topónimos, resultantes de la ecuación directa entre uno micénico y otro clásico, y ello asegurado por la arqueología, la gran dificultad será la de adjudicar coordenadas geográficas a la mayoría de topónimos que no responden al principio mencionado.

Será en el epígrafe siguiente donde se describen las metodologías propuestas para resolver esa dificultad. A éstas seguirá la relación de sus inconvenientes, así como la de sus complementos que han paliado a unos y han mejorado a otras.

la doble funcionalidad de señalar al oriundo de ese continente, y más concretamente de USA, o la de haber alcanzado la categoría de apodo, independientemente de su origen. Caben también en esta categoría los femeninos *ki-ni-di-ja*, *ki-si-wi-ja*, *mi-ra-ti-ja*, *ra-mi-ni-ja* o *ze-pu-ra*, es decir «las (mujeres) de Cnido, de Quio, de Mileto, de Lemno o de Halicarnaso» (cf. Ζεφυρία, Str. 14.656), cuya aparición en documentos que registran mujeres afectas a la manufactura textil pília hace factible su interpretación, más allá de la de étnicos en sentido propio, como nombres de oficios afectos a esta manufactura que indican especializaciones artesanales propias de esos lugares. Sería algo similar a lo que entre nosotros puede significar el término «lagarterana» que, además de designar a una mujer oriunda de la región toledana, implica que es hábil en la confección de un tipo concreto de bordado propio de esa zona.

- 15 Correspondió a E. G. TURNER («Place-names in Pylos Tablets». *Bulletin of the Institute of Classical Studies* 1, 1954, pp. 17-20) el primer intento, ciertamente benemérito, de clasificación del material léxico toponímico de Pilo. Casi inmediato al desciframiento de la lineal B, sus criterios para la elección del léxico se limitaban a aspectos formales y contextuales en su grado más elemental. De esta manera incluía en su lista: 1) los términos que atestiguan más de una forma (topónimo y su étnico, o topónimo con sufijo: *-de* [-δε], *-te* [-θε(v)] o *-pi* [-φι] o *-si* [-σι]); 2) los que aparecen en lugar estereotipado, tanto en una fórmula, como en una serie (es decir, «el lugar del topónimo»; como ocurre, por ejemplo, en las tablillas de la serie **Ma** mencionada, en las que este inicia su texto); 3) añadía, finalmente, los términos incluidos en listas tabléticas en las que figuraban, también, topónimos ya conocidos (a fin de cuentas, la primera aplicación de la contextualidad). De la lista principal extraía, a continuación, los topónimos que consideraba griegos y, por tanto, localizables. Apuntaba, a este respecto, dos posibilidades que podían alterar el resultado: a) la homonimia, y b) los llamados topónimos «itinerantes», aquellos cuya repetición en diferentes lugares es consecuencia de circunstancias variadas, entre las que destacarán los movimientos migratorios («viajarán» con sus habitantes, cuando éstos, por diferentes razones, abandonan el lugar originario para asentarse en otro). Obviamente, y como reconocía el autor, la naturaleza de los criterios utilizados indujo a errores en la selección del léxico. Esto fue lo que ocurrió con el de las listas de personal femenino de las series **A**-, en las que la similitud morfológica de los términos ocasionó confusiones de antropónimos con topónimos o de nombres de oficio con étnicos.

2.1. Como hemos adelantado, el primer paso en el estudio de la geografía micénica fue la identificación de su léxico específico. Tarea que se realizó mediante la constatación de aspectos meramente formales, referidos a los términos en cuestión, bien, en cuanto a su morfología, bien, en cuanto a su situación analógica, respecto de otros términos identificados como topónimos, ya en el mismo documento, ya en documentos paralelos del mismo escriba. En la mayoría de los casos será imposible su localización, si quiera aproximada, por la carencia de datos en este sentido.

A la situación mencionada le seguían otras dos que incluían la posibilidad de localización del topónimo¹⁶, si bien con diferente grado de certeza.

La primera, la menos productiva, es la que recurre a la ecuación nominal entre topónimo micénico y otro posterior¹⁷, siempre que la homofonía se vea favorecida por los datos arqueológicos¹⁸. Resultan de ésta un número escaso de topónimos de suma importancia para el quehacer geográfico micénico; por cuanto que son centros seguros, «fixed points» en la ter-

16 Que pueden ser complementadas por otros recursos, entre los que se cuentan la etimología. Efectivamente, dado que los topónimos son, en su mayoría, nombres parlantes, su análisis etimológico permitirá una interpretación que, en ocasiones y con el apoyo de otras circunstancias, ilumine una posibilidad de localización; siempre que ello se haga con las debidas cautelas. Ejemplos no faltan, más adelante comentaremos los nombres de las dos «provincias» pilias. Ahora, siguiendo también a CHADWICK (o. c. en n. 8, pp. 41, 44, 46), añadimos otros dos. Se trata de *ri-jo* y *ka-ra-do-ro*, los dos últimos topónimos en las listas de la *de-we-ro-a₃-ko-ra-i-ja* (PY Cn 608.10 .11; Vn 20.10 .11 y Jn 829.11. 12), identificados por Chadwick como Πῖον y Χαράδρω, respectivamente. O lo que es lo mismo, «El Promontorio», «El Cabo», el primero, «Las dos Torrenteras» (un dual femenino), el segundo. Pues bien, «El Cabo», límite S de la provincia, debe referirse, no al cabo Acritas, que no atestigua en sus inmediaciones ningún yacimiento arqueológico, sino a la moderna Koróni, situada más al E, en el extremo occidental del Golfo de Mesenia y al abrigo de un «impresionante promontorio». En cuanto a *ka-ra-do-ro*, debe hacerlo, sin duda, a las dos grandes torrenteras (dual femenino) sobre el yacimiento micénico de *Finikús*, situadas más al N de *ri-jo* y cuyo topónimo precede al de *ri-jo* en las listas mencionadas. Una consecuencia añadida de esta identificación es la de asegurar un orden N – S para estas listas de topónimos.

17 Sobre la funcionalidad de este procedimiento, recuérdese que entre los primeros términos que descifró Ventris figuraban *ko-no-so*, *a-mi-ni-so* y *tu-ri-so*, topónimos perfectamente identificados y localizados gracias a sus correlatos del primer milenio (*Knosós*, *Amnisós* y *Tulissós*).

18 Ilustra esta cautela la clara equivalencia formal entre los topónimos micénico *ra-to* (KN D-, etc.) y clásico Λατώ, situado este último en las proximidades del actual Ayios Nikólaos (al E de Cnoso, en la bahía de Mirabello). El problema se presenta cuando, como en este caso, la arqueología no ha atestiguado ningún rastro de asentamiento micénico en la zona de Λατώ que autorice su identidad con el topónimo tabléptico que, por otra parte, puede referirse, perfectamente, a otro paraje. En este sentido, la asociación de *ra-to* con *ri-jo-no*, *tu-ni-ja*, *tu-ri-so*, etc., inclina a situar al topónimo micénico en el área comprendida entre Tuliso y Cnoso; es decir, en la parte opuesta a la del Λατώ clásico; lo que desautoriza la pretendida identidad. No es esta la única posibilidad de homófonos. Ofrece un aspecto particular del problema el topónimo cnósio *a-mi-ni-so* que, atestiguado abundantemente en documentos de ese archivo, ha sido identificado y localizado como Ἀμνισός, la actual Poliókhora. Subraya esta identidad su naturaleza de puerto principal de Cnoso; lo que explicaría, de rechazo, su aparición en la mencionada inscripción egipcia de Kom el-Hetan (v. n. 5). Pues bien, la aparición de este topónimo entre otros pilios, en un documento de ese archivo que asienta hombres en relación a diferentes lugares, sugiere, sin duda, la realidad de un homónimo continental. Queda, aún, otra posibilidad de homónimos de la que debemos precavernos: la de los mencionados (v. n. 15) topónimos «itinerantes».

minología de Palmer («anchor points», en la de McArthur), sobre los que pueden gravitar posibles localizaciones de lugares con ellos relacionados¹⁹.

La segunda, mucho más elaborada²⁰, se basaba en las relaciones contextuales («directas» o «indirectas»)²¹ que era posible establecer entre los topónimos presentes en las tablillas de Cnoso²², apoyadas en las identidades contrastadas que ofrecían las mencionadas ecuaciones entre topónimo micénico y topónimo clásico²³.

Su estudio, asistido por el principio que pone en relación la *contextualidad* con la *contigüidad geográfica*, va desde las situaciones documentales más simples, las representadas por parejas de topónimos anotadas en una misma tablilla, a las más complejas, representadas por secuencias toponímicas más amplias, «itinerarios» en la terminología de L. R. Palmer, que pueden darse en una sola tablilla o ser el resultado del análisis combinado de varias.

19 Contabilizamos hoy como absolutamente seguros para todo el ámbito de la Grecia micénica entre once y doce topónimos (lo que no significa que el número de propuestas de identificación y localización probables o muy probables no sea mucho mayor), cuya distribución es como sigue. Uno en Pilo: *pu-ro* (Πύλος, *Pýlos*, en Ano Englianos, al S de la bahía de Navarino); ocho (o nueve, si añadimos *e-ko-so* que aparece emparejado con *su-ki-ri-ta* en **KN Dn 1092**) en Creta: *ku-do-ni-ja* (Χανιά; *Cidonia* / La Canea, en el extremo occidental de la costa N), *a-pa-ta-wa* (Ἀπταρά / Ἀπτερα, *Aptara/Aptera*, al E de La Canea; la actual Megala Khorafia, en la ribera meridional de la bahía de Suda, próxima a su embocadura), *su-ki-ri-ta* (Συβρίτα / Σύβριτα, *Sybrita*, en el valle de Amari), *e-ko-so* (Ἄξος, *Axos*, en el área de la actual Anoyia, en las proximidades del anterior, al NO), *tu-ri-so* (Τυλισός, *Tulissós*; moderno Týlissos, al NO de Iraklio), *ko-no-so* (Κνωσός, *Cnosos*, en Kefalá, en las proximidades de Iraklio), *a-mi-ni-so* (Ἀμνισός, *Amnisós*, actual Paliókhora, en la costa N de Creta y al E de Iraklio; el puerto de Cnoso), *pa-i-to* (Φαιστός, *Festo*, en el entorno de Ayia Triada) y *wi-na-to* (Ἰνάτος, [*W*]inatos; en la costa S, en la bahía de Tsoutsouros) y, finalmente, otros dos en Tebas: **te-qa* (Θῆβαι; *Thebas*, la capital del reino) y *a-ma-ru-to* (Ἀμάρυνθος; sobre la costa del Golfo de Euboea, al E de Eretria; a unos 2,5 km del moderno Amarynthos, en la colina Palaiochoria).

20 Cuyo procedimiento ha ido afinándose con el tiempo, mediante la consideración de otros factores de naturaleza diferente que también aparecían los textos y ya había apuntado Hart, como eran el averiguar el significado de la presencia de «collectors», la identificación de antropónimos que aparecen en diferentes lugares o la información económica sumistrada.

21 Entendidas, ya desde antiguo, de las formas más variadas y como uno de los elementos indispensables para la interpretación de los textos micénicos. A este respecto, recordamos que en Micenología el término contexto abarca una doble vertiente: por un lado, se entienden como tal las palabras que preceden y siguen, en la misma línea, al término en cuestión, así como las que ocupan un lugar paralelo en otras líneas del mismo documento; por otro, será asimismo rasgo pertinente de contexto, la comparación con otras tablillas de la misma serie, procedencia, estructura similar y, en especial, escriba. En el caso de la geografía, el recurso al contexto (traslado de las relaciones textuales a las espaciales) será el medio de establecer, cuanto menos, la relación geográfica entre los topónimos atestiguados en los textos.

22 Su limitación a ese archivo (para el que, por otra parte, fue concebido), viene dada por la especial naturaleza de sus documentos.

23 Algo ya enunciado por J. KILLEN («The Knossos Texts and the Geography of Mycenaean Crete». J. BINTLIFF [ed.], *Mycenaean Geography. Proceedings of the Cambridge Colloquium. September 1976*. Cambridge, 1977, pp. 40-41), cuando escribía que «... to locate the ... place on the tablets, is firth of all to try to establish relationships between places by examining which places tend to occur on the record in contact with which others, and, second, having done this, to attempt to establish the location of places whose identity is not transparent from their relation to the (relative few) places whose spelling on the tablets, together with the evidence we have for their relative location, enables us to identify them, virtually certainly, with know sites».

La variedad de perspectivas desde las que pueden ser analizados los textos²⁴, así como la de los resultados obtenidos, han convertido, desde su nacimiento, a esta metodología debida a G. R. Hart, desarrollada por L. R. Pamer y refinada con el tiempo, en la más productiva y de uso más dilatado. Constituyéndose, pese a las dificultades que se han ido detectando, en la base sobre la que se ha asentado el tratamiento posterior del material toponímico, incluso por quienes han cuestionado, de alguna manera, sus principios.

Como hemos advertido más arriba, en nuestra exposición procederemos en el orden siguiente: a la descripción de los planteamientos y resultados a los que llegaron Hart y Palmer, seguirán la mención y comentario de alguna de sus dificultades principales y concluiremos con un breve apunte de las nuevas perspectivas que han mejorado su eficacia.

2.2. Partía HART, en su trabajo²⁵, de la evidencia interna que proporcionan los textos²⁶ para relacionar grupos de topónimos entre sí²⁷. Distingúa, a este respecto, dos tipos de relaciones:

- 1) La *directa*, que se da cuando dos topónimos aparecen en la misma tablilla, y cuyas posibilidades formales son, a su vez: a) la que representa la conexión más estrecha entre ambos; es decir, su emparejamiento en el documento²⁸; b) la yuxtaposición de topónimos (o sus étnicos derivados) en listas más largas²⁹, y c) la menos sólida, que se da entre topónimos que aparecen separados en una misma lista³⁰.

24 Tanto temáticas, como instrumentales. Destacan, entre las primeras, la observación de los datos, excluyentes o no, de actividades agrícolas y ganaderas y su posible traslado a épocas conocidas, o bien el estudio de la organización fiscal de ciertas áreas concretas, reflejada por las tablillas. Es paradigmático, de entre las segundas, el uso de la informática aplicada al análisis estadístico de las asociaciones de topónimos que se dan en la documentación.

25 «The Grouping of Place-Names in the Knossos Tablets» (*Mnemosyne* 18, 1965, pp. 1-28), cuyo propósito, como anunciaba al principio, no era otro que «... to investigate the purely internal evidence provided by the tablets themselves for connections between these places, and to attempt an interpretation of this evidence in the light of those identifications which can confidently be made».

26 Las tablillas de las series D-, registros de los rebaños palaciales de ganado ovino.

27 El argumento principal, en el que basaba su razonamiento, radica en suponer que los escribas al hacer los registros correspondientes a las localidades habrían seguido un orden que respetara en su cita, más o menos, su disposición geográfica; sentando de esta manera el principio que equipara contextualidad toponímica con contigüidad geográfica.

28 Cuyos mejores ejemplos son las parejas de topónimos que aparecen en la serie Dn, tablillas que recapitulan, localidad por localidad, las cabezas de los rebaños detallados en las series Da-Dg, para los que no hay indicación de «collector». Sirva de ejemplo la Dn 1092, cuyo texto, de dos líneas, es:

.1 e-ko-so ovis^m 2252,

.2 su-ki-ri-ta ovis^m 517

29 Uno de cuyos ejemplos es la secuencia representada por qa-ra-jo y ru-ki-ti-jo (étnicos respectivos de los topónimos qa-ra y ru-ki-to) que encabezan (líneas .1 y.2) el listado de étnicos de E 749.

30 Los étnicos mencionados arriba que ocupan los lugares último y antepenúltimo de entre los listados en Og 833.

- 2) Las *indirectas*, en las que la relación entre los topónimos se establece mediante un tercer término, otro topónimo o, incluso, un antropónimo³¹.

Con estos presupuestos compara (pp. 3-8) las listas **E 749**, **Og 833** y la serie **Pp** que, en su mayoría, registran los mismos lugares (mediante étnicos en **E 749** y **Og 833**, y topónimos en **Pp**). Examinadas las relaciones entre los lugares que aparecen en estas listas y comparándolas con las de otros topónimos en textos diferentes, establecerá grupos de topónimos cuyas relaciones escenifica en diagramas.

Procede de la misma manera con los topónimos de la serie **Co** que, a excepción de *ku-do-ni-ja* y *ka-ta-ra-i*, aparecen, también, en **C 902**, tablilla que anota otros topónimos que no aparecen en **Co**. La presencia de *a-pa-ta-wa* (Aptera) en ambos grupos y *ku-do-ni-ja* (La Canea), solo en **Co**, le permitirá situar, de manera relativa, algunos de los topónimos que aparecen en ambas listas.

Respecto a los «collectors»³², constata (pp. 10-15) que la proporción de

31 De entre la lista de pastores que aparecen en más de un lugar (cf. el «Appendix IV», pp. 27-28, del trabajo de HART, v. n. 27) escogemos a *a-wa-so*, cuyas menciones en dos tablillas de la serie **Db** (**1099** y **1246**) ponen, respectivamente, en relación los topónimos *qa-mo* y *tu-ni-ja*, localizados ambos al S de la llanura de la Mesará.

32 O «colectores» en traducción de M. R. RUIPÉREZ y J. L. MELENA (o. c. en n. 7, p. 134, etc.). Si bien es unánime la certeza de lo impropio de este nombre, así como el de otros que se les otorgó («propietarios», de rebaños, en el caso de Palmer, o «supervisores», en el de Bennet, quizá más acertado), no obstante, la tradición de su uso, así como la carencia de otro que les defina mejor, ha hecho aconsejable su mantenimiento, como advertía Chadwick («...an unfortunate title which I never cease to regret; but no one has yet thought of a better one»). Se trata, pues, de personajes para los que las tablillas no ofrecen un término concreto que los califique, ni aclaran la actividad que desempeñan en el ámbito de la administración palaciega. De aquí que se haya recurrido para su designación a un término («collector») que, en principio, se refería, tan solo, a la función que se les suponía: la de recaudadores de los tributos que, para beneficio de palacio, generaban los rebaños de ganado. Fue, precisamente, la suposición de esta actividad la que los encuadró en el contexto ganadero, más concretamente en del ganado lanar. No obstante, son los estudios sobre estos personajes y, en especial, los de los contextos de sus citas, los que han demostrado, principalmente, dos cosas. La primera, lo equivocado de su antigua acepción de «recaudadores». Hoy se sabe que los documentos de los archivos micénicos se refieren a lo que les es propio o de su interés e ignoran lo que les es ajeno. De manera que los rebaños relacionados en esas tablillas son propiedad de palacio y éstas no anotan otra cosa más que el registro de su estado en el momento de la redacción de los documentos respectivos (de donde resulta, asimismo errónea, la denominación de Palmer). Por tanto, la aparición en esos textos de algunos de estos personajes nada tiene que ver con la recaudación tributaria. En segundo lugar, e igualmente fundamentados en la documentación, puede afirmarse que ese colectivo está compuesto por individuos de alto rango, miembros, incluso, de la «casa real» («príncipes», en la acepción de L. GODART [«Les collecteurs dans le monde égéen»]. J.-P. OLIVIER (ed.), MYKENAÏKA: *Actes du IX^e Colloque international sur les textes mycéniens et égéens organisé par le Centre de l'Antiquité Grecque et Romaine de la Fondation Hellénique des Recherches Scientifiques et l'École française d'Athènes*. (Athènes, 2-6 octobre 1990). Atenas-Paris, 1992, p. 283]), como lo atestigua su antroponimia y el uso de patronímicos, que reciben, para su sustento, una parte de las rentas ovinas propias de palacio, como probable pago de sus servicios en la administración y en la organización económica del reino (especialmente en lo relativo a la lana y la industria textil; si bien esta demostrada su intervención en otras actividades económicas) que debieron ser de importancia notable (lo que, en nuestra opinión, debía acercarlos más al nombre de *overseers*, «supervisores», que les otorgaba J. BENNET, «The Structure of the Linear B Administration at Knossos». *American Journal of Archaeology* 89, 1985, pp. 231-249, esp. 240). Su aparición en todo el ámbito del Egeo micénico, tanto en el continente (Pilo y Tebas), como en Cnos, parece constatar, una vez más, la realidad de una *koiné* socio-político-económica para el mundo micénico que, en otras ocasiones, nos parece más difuminada o brumosa.

rebaños «con collector», frente a los «sin collector», aumenta con la distancia, respecto a palacio³³.

Finalmente, en nota aparte y utilizando la misma metodología, identificaba como cretenses y relacionados entre sí los topónimos de las inscripciones pintadas en las jarras de estribo aparecidas en el continente, en contra de la tesis de G. MYLONAS³⁴. Hacía Hart dicha identificación mediante el establecimiento de «relaciones directas» entre las menciones de esos topónimos en las inscripciones en vasos y en tablillas que, en esencia, se resumen así: 1) *wa-to* y *o-du-ru-wi-jo* aparecen contiguos en **KN C 902**, donde se cita también **56-ko-we*; 2) este, a su vez, está en relación con *da-*22-to* en **KN Dn 1093**, y con *e-ra* en **KN L 1649**.

Como elemento probatorio adicional, comparaba Hart, asimismo, las estructuras de las inscripciones de tres términos de las mencionadas jarras (generalmente antropónimo en Nom. + topónimo + antropónimo en Gen. o adjetivo) con las de las tablillas de ganado ovino de Cnoso (**D-**), en las que se lee, en primer lugar, el nombre del pastor en Nom., le sigue el topónimo y, finalmente, el nombre del «collector» en genitivo.

2.3. Diferente fue la motivación de Palmer para el estudio de los topónimos de Cnoso. La finalidad de su estudio, más que geográfica en sí misma, tenía que ver con el acopio de pruebas tendentes a fortalecer su hipótesis de una cronología «baja» para las tablillas de Cnoso, similar a la de las continentales. Puesto que en su opinión unas y otras debían corresponder al HR III B (ca. 1200 a.C.), en contra de la de Evans que hacía retroceder las de Cnoso al MR II (ca. 1425 a.C.).

La argumentación de PALMER³⁵ pasa por demostrar la identidad entre

33 Algo que constatarán, e interpretarán, tanto D. MARCOZZI y M. SINATRA («La geografia di Creta: problemi e prospettive» *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici* 20, 1979, pp. 171-182), como A. L. WILSON («The place-names in the Linear B tablets from Knossos: some preliminary considerations», *Minos* 16, 1977, pp. 67-125) y, sobre todo, J. BENNET (v., por ejemplo, su «Outside in the Distance: Problems in Understanding the Economic Geographie of Mycenaean Palatial Territories», pp. 19-41; esp. 29 ss. en J.-P. OLIVIER - T. G. PALAIMA [eds.], *Texts, Tablets and Scribes. Studies in Mycenaean Epigraphy and Economy offered to Emmett L. Bennett, Jr.* Salamanca - Vitoria, 1988).

34 «The Luwian invasions of Greece» (*Hesperia* 31, 1962, pp. 284-309). Mylonas criticaba la hipótesis de PALMER (*Mycenaeans and Minoans: Aegean Prehistory in the light of the Linear B Tablets*. Londres, 1961) respecto a la naturaleza cretense de esos topónimos. Para Mylonas, cuya argumentación principal era de carácter histórico-arqueológico, de acuerdo con J. RAISSON (*Les vases à inscriptions peintes de l'âge mycénien et leur contexte archéologique*. Roma, 1968), estas vasijas debían ser de origen continental y no cretense; de manera que los términos de esas inscripciones que para Palmer eran topónimos (como son en realidad) no eran tales, sino homófonos sin interpretación toponímica. Algo que ejemplificaba interpretando *wa-tu* como */wastós/*, «ciudadano». Será A. HEUBECK, quien, interviniendo en la polémica («Zu den linear-B-Texten auf mutterländischen Vasen». *Studi in onore di P. Meriggi* [= *Athenaeum* 47, 1969, pp. 144-153]), subraye la dificultad de esta interpretación y aporte pruebas, desde el punto de vista lingüístico, a la tesis de Palmer.

35 «Mycenaean Inscribed Vases II. The Mainland Finds». *Kadmos* 11, 1972, pp. 27-46 y «Context and Geography: Crete». E. RISCH - H. MÜHLESTEIN (eds.), *Colloquium Mycenaeum. Actes du sixième Colloque international sus les textes mycéniens et égéens tenu à Chaumont sur Neuchâtel du 7 au 13 septembre 1975*. Neuchâtel-Ginebra, 1979, pp. 43-64.

los topónimos de las inscripciones pintadas sobre las jarras de estribo³⁶ aparecidas en diferentes lugares del continente, con la de sus homónimos anotados en las tablillas del archivo cnósio³⁷. Esa identidad traería como consecuencia la constatación de un origen cretense para esas vasijas, algo de lo que Palmer estaba seguro³⁸. Secundariamente, además de demostrar su naturaleza de objetos importados desde los lugares cretenses apuntados por los topónimos que aparecen en las inscripciones, la datación de su contexto arqueológico continental, correspondiente sin duda al HR/MR III B, probaría el uso en Creta de la lineal B en ese mismo período; lo que desautorizaría la cronología, en el MR II, postulada por Evans para los documentos de ese archivo.

En cuanto al método utilizado por Palmer, este, en esencia, consiste en analizar las agrupaciones contextuales de las palabras identificadas como topónimos e interpretar las adyacencias textuales como contigüidades geográficas. Como afirma Palmer, ésta es una hipótesis aceptable, si se considera que los escribas son constantes en sus formas de listar las localidades.

En su investigación Palmer parte de la consideración de las parejas de topónimos que aparecen en tablillas de la serie **Dn** que, en su opinión y como ya había apuntado Hart, debían evidenciar la relación geográfica de esos pares de topónimos. Siguiendo con la argumentación de Hart, la aparición de esos topónimos en otros documentos, además de confirmar el valor geográfico de la mencionada serie, permitiría extender la relación contextual a listas mayores (de más de dos topónimos), registradas en otras tablillas, en las que aparecieran algunos de los topónimos mencionados en **Dn**³⁹.

Completaba Palmer su marco metodológico con el concepto, por él acuñado e implícito en Hart, de la «scribal route», referido a la secuencia

36 Contenedores utilizados, mayoritariamente, para el transporte de graneles líquidos (aceite, principalmente).

37 Algo, como acabamos de ver, adelantado por Hart y confirmado, posteriormente, por los análisis espectrográficos de las arcillas utilizadas en la manufactura de estas jarras que, tras un error inicial (H. W. CATLING - A. MILLET, «A Study of the Inscribed Stirrup-Jars from Thebes». *Archaeometry* 8, 1965, pp. 3-85) en el que se situaban sus alfares a oriente de la isla, H. W. CATLING y R. E. JONES («A reinvestigation of the provenance of the inscribed stirrup jars found at Thebes». *Id.* 19, 1977, pp. 137-146) demostraron su origen occidental; algo confirmado, poco después y de manera mucho más detallada, por ambos, juntamente con J. F. CHERRY y J. T. KILLEN en «The Linear B Inscribed Stirrup Jars and West Crete» (*Annual of the British School at Athens* 75, 1980, pp. 49-113; esp. 53-85). Si bien, el análisis del contenedor de otra de esas inscripciones, encontrado en Eleusis (**EL Z 1**), que lleva el topónimo *da-*22-to*, no apunta ni al occidente de la isla ni a su parte central. De cualquier manera, su localización eleusina inclina a localizar su origen en la costa; en tanto que sus relaciones textuales con *ku-ta-to*, **56-ko-we*, *ko-no-so* y *se-to-i-ja* hacen aceptable la hipótesis de su ubicación geográfica en una zona próxima a Cnoso, cerca de *ku-ta-to*; concretamente al N de Creta, en el sector de costa comprendido entre Iraklio y Ayia Pelagia, probablemente en la desembocadura del río Gázano (cf. J. L. MELENA, «*ku-pa-ro* en las tablillas de Cnoso». *Emérita* 42, 1974, pp. 307-336; esp. 330).

38 Y Hart, también (a. c. en n. 25, pp. 15-19).

39 Lo que ejemplificaba Hart, cuando ponía en relación las parejas de topónimos de **Dn** con las listas (de étnicos) de **Og 833** y **E 749** y con los topónimos que aparecen en las tablillas de la serie **Pp**.

de topónimos, conocidos o no, que aparecen ya sea en una sola tablilla, ya en un conjunto de éstas («set»), puesto que entiende que éstos puntean el itinerario que los conecta y que ha seguido el escriba en su recorrido.

En el caso en que la secuencia de topónimos corresponda a un «set» o conjunto documental, será indispensable, primero, identificar las tablillas que pertenecen a ese «set»; en segundo lugar, y basados en la coherencia interna del texto, averiguar el orden en que éstas fueron escritas.

Ejemplifica Palmer su punto de partida relacionando **Dn 1200** y **Dn 1096**, en las que aparecen las parejas de topónimos *do-ti-ja* y *ra-su-to*, y *ra-ja* y *pu-na-so*, respectivamente, con **C 979**⁴⁰, cuyo texto indica que un *a-to-mo* (título funcional) está relacionado con los cuatro topónimos citados en las tablillas mencionadas de la serie **Dn**. De ello debe inferirse, por una parte, la proximidad geográfica de esos topónimos; por la otra que *DO-TI-JA*, colocado en posición inicial y escrito con «grandes caracteres», parece indicar que esos topónimos forman una circunscripción regida por el *a-to-mo* y cuya «capital» era *do-ti-ja*⁴¹.

De esta manera, y ampliando su estudio a otras listas, Palmer concretará varios grupos de topónimos, jerarquizados por el que les da nombre, y relacionados, entre sí, por las conexiones que van surgiendo⁴². Los representa mediante croquis en los que escenifica de manera gráfica las relaciones de diferente tipo que establece tanto entre los topónimos del grupo, como las que van surgiendo, a través de esos topónimos, con las de otros grupos. Secundariamente, extraerá conclusiones sobre la identificación de algunos. En este sentido, negará la ecuación de *u-ta-no* con *Itanos*, aparte del problema representado por la alternancia en la vocal inicial. Asimismo, pondrá serios reparos a la de *ru-ki-to* con *Lyktos*; evidenciará el problema de la de *ra-to* con *Lato*⁴³ («formalmente irreprochable») y negará la de *se-to-i-ja* con *Sitea*. Esbozará, finalmente, un emplazamiento cretense para los topónimos anotados en las jarras de estribo, referenciado a los lugares identificados (*ku-do-ni-ja*, *a-pa-ta-wa*, *a-mi-ni-so*, *tu-ri-so*, *ko-no-so*, *su-ki-ri-ta*, *pa-i-to* y *wi-na-to*).

2.4. De la bondad intrínseca de la metodología de Hart y Palmer no cabe duda. Todos los trabajos de toponimia micénica que han venido a continuación, con o sin otras ayudas, han participado de su principio bási-

40 Cuyo texto es *DO-TI-JA*, *ra-ja*, *pu-na-so-qe*, *'ra-su-to-qe' a-to-mo* SUS 1 (*do-ti-ja* escrito con «caracteres grandes»; el *-qe* final de *pu-na-so* y *ra-su-to* es la partícula enclítica con función coordinante, cf. gr. τε, lat. *que*, «y»; las «comillas» de *ra-su-to-qe* indican que la palabra está volada sobre el resto de la línea).

41 Cf. J.-P. OLIVIER («La série Dn de Cnossos». *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici* 2, 1967, pp. 71-93; esp. 72).

42 Se trata de los grupos de *ku-do-ni-ja* — *a-pa-ta-wa*, *tu-ri-so* y *do-ti-ja*.

43 V. n. 18.

co en el que la contextualidad, con la cooperación de los «puntos fijos», ha dado lugar a localizaciones más o menos aproximadas.

De su uso, a través del tiempo, han derivado mejoras que se concretan, tanto en la corrección de los errores detectados, como en su complemento con nuevos criterios doctrinales o recursos instrumentales.

Hacemos a continuación una breve reseña de unos y otros.

2.4.1. Incorrecciones las hay, puesto que, en más de una ocasión, sus propuestas han ido, como señalaban D. MARCOZZI y M. SINATRA⁴⁴, más allá de lo que la evidencia interna de los textos permitía suponer.

Ésta ha sido la opinión, por ejemplo, de J. K. McARTHUR⁴⁵ para quien, de acuerdo con Chadwick y Melena, nada probaba que las parejas de topónimos de la serie **Dn** comportasen la noción de proximidad geográfica.

Planteaba dudas, también, la aceptación de las «rutas de escriba». Un concepto no exento de riesgos, puesto que, en realidad, se desconocen los criterios (geográficos o no) utilizados por los escribas para redactar sus listas de topónimos⁴⁶. De manera que además del orden geográfico del que, de haber sido este el utilizado por el funcionario, se ignoran los criterios a los que responde, caben otras posibilidades entre las que se cuenta, como bien apuntó CHADWICK⁴⁷, el recurso más simple, el del orden «alfabético»; si es que los micénicos tuvieron un orden estándar, arbitrario, para los signos de su silabario, similar a nuestro A B C ... etc., o al *i ro ha* de la escritura silábica *kana* japonesa⁴⁸.

Será J. L. MELENA⁴⁹, sobre todo, quien ponga de manifiesto las

44 A. c. en n. 33, p. 178.

45 «The textual evidence for location of place-names in the Knossos tablets» (*Minos* 17, 1981, pp. 147-210). Afirmación que, en nuestra opinión, debe aceptarse con matices; puesto que parece olvidar, entre otras cosas, la lógica que debió regir la tarea de los funcionarios, de la que tenemos buenas pruebas en la redacción de los documentos.

46 Recordamos, al respecto y por ejemplo, que el orden en el que en nuestra niñez aprendimos las capitales de las provincias valencianas (Valencia, Castellón de la Plana y Alicante) responde a dos criterios cruzados; el de calidad (administrativa y económica), que otorga la precedencia a Valencia, y el estrictamente geográfico (N – S) para Castellón y Alicante.

47 O. c. en n. 8, p. 42.

48 Si bien, como indican RUIPÉREZ y MELENA (o. c. en n. 7, p. 110) alguna pista es posible detectar en ciertas secuencias de silabogramas que se repiten. En efecto, es probable que responda a un principio mnemotécnico la secuencia *di-we-si-po-ro-ti-mi-to-qo-re*, que aparece escrita de manera descuidada en el verso de **Aq 218**, similar a *di-we-si-po-ro ti-mi-to*, en el lado inferior derecho del borde bajo del recto de **PY Tn 316**, así como a *di-we si-po-ro ti-mi-to-qo*, igualmente en el verso de **Xa 412**. Parece que en los tres casos esas secuencias no forman un texto inteligible, sino un garabateo que quizá tenga que ver con la «prueba» de un estilete. Si ello fuera así es posible pensar que el orden de los silabogramas no es accidental, sino que responde a algún criterio estandarizado que nos es desconocido, ¿«alfabético», quizá? De serlo, resultaría que, en Pilo, conviven dos ordenaciones: la «geográfica» ¿solo para topónimos?, y otra mnemotécnica o de tipo «alfabético».

49 En *Studies on some Mycenaean Inscriptions from Knossos dealing with Textiles*. Salamanca, 1975, pp. 121-123 hacía un detenido análisis de las identificaciones y localizaciones propuestas por Palmer, quien, a su vez, respondería en «Context and Geography: Crete» (E. RISCH - H. MÜHLESTEIN [eds.],

dificultades observadas, ejemplificándolas con un análisis de la «ruta» que, según Palmer, refleja **Ce 59**⁵⁰. La argumentación de Melena afecta al propio concepto de «ruta de escriba», cuya asunción, de acuerdo con Chadwick, entraña riesgos, por cuanto que el escriba no debía tomar notas en sus viajes, sino que era a su vuelta al palacio cuando escribía las tablillas. Si eso es así, que el escriba, ya en Cnosos, reconstruya mentalmente el itinerario de su viaje y, acto seguido, lo refleje en las tablillas, la secuencia de topónimos anotada debía dar pistas para el trazado de caminos reales sobre el mapa de Creta; sin embargo, las secuencias de topónimos, tal y como aparecen escritas en las tablillas, no reflejan necesariamente el trazado de verdaderos caminos. Esta realidad pone de relieve que la adyacencia textual, por sí sola, no implica, necesariamente, contigüidad geográfica. Ejemplifica Melena lo dicho con el análisis de las secuencias de topónimos de **Lc 641**, tablilla en la que la vecindad geográfica solamente se da entre los topónimos que comparten una misma línea.

Por su parte, D. KENDALL⁵¹, insistiendo en el problema que representa discernir la naturaleza de esas «rutas», opinará que no son otra cosa que recopilaciones de datos que no implican proximidad geográfica. Algo en lo que se mostrará de acuerdo J. BENNET⁵², quien aduce a su favor, y con razón, el ejemplo del «grupo de Tylisos» (que corresponde en Hart al de «Luktos - Tylissos»).

2.4.2. Sobre los nuevos factores que han mejorado los resultados de Hart y Palmer destacamos el *económico*, cuya constatación e interpretación depende, ¿cómo no?, de la combinación de los datos que ofrecen los documentos sobre los topónimos que anotan con los que proporciona la arqueología.

La aportación de la que llamaremos «Escuela Italiana» de geografía micénica, compuesta por un nutrido grupo de especialistas y heredera de la tradición en estos estudios iniciada por P. MERIGGI⁵³, ha producido trabajos, colectivos o individuales, de dos tipos referidos tanto a Creta, como al

Colloquium Mycenaeanum. Actes du sixième Colloque international sus les textes mycéniens et égéens tenu à Chaumont sur Neuchâtel du 7 au 13 septembre 1975. Neuchâtel-Ginebra, 1979, pp. 43-64).

Cuestionaban, asimismo, los «itinerarios» de Palmer M. V. CREMONA - D. MARCOZZI - E. SCAFA - M. SINATRA (*La toponomastica cretese nei documenti in lineare B di Cnosso*. Roma, 1978) cuyo trabajo, en general, lo dedicaban a la identificación de los grupos de topónimos de la Mesará y del occidente de la isla, con su consiguiente localización relativa.

50 Que, según Palmer (*a. c.* en n. 35, p. 33) comienza en el S, en las proximidades de *pa-i-to*, se dirige hacia el N, a *tu-ri-so*, vía *da-*22-to*, para girar, a continuación, hacia el O en dirección a *ku-do-ni-ja*.

51 «Computer Techniques and the Archival Map-reconstruction of Mycenaean Messenia», p. 87 (J. BINTLIFF [ed.], *o. c.* en n. 23, pp. 83-88).

52 «The Geography of the Mycenaean Kingdoms», pp. 146-147 (Y. DUHOUX - A. MORPURGO DAVIES [eds.], *A Companion to Linear B: Mycenaean Greek Texts and Their World, Volume 2. Bibliothèque des Cahiers de l'Institut de linguistique de Louvain. Antiquité 120*. Lovaina, 2011, pp. 137-168).

53 «I toponimi cretesi nel minoico B» (*Archivio Glottologico Italiano* 39, 1954, pp. 83-91).

continente. En línea con la tradición de los estudios sobre la geografía de la Creta micénica, los primeros se ocupan de su organización político-administrativa y, ya en un plano más concreto, de la localización de topónimos o de grupos de topónimos; en tanto que los del segundo grupo se han centrado en un aspecto, de especial relieve, que atañe al continente: la concreción de las relaciones interestatales y de poder que se establecieron entre los reinos a lo largo del tiempo.

En cuanto a los resultados formales, éstos varían para cada caso. En el primero⁵⁴, de manera similar a la de A. L. WILSON⁵⁵, se obtendrán grupos de topónimos (seis, por parte de los italianos; cuatro, por la de Wilson), cuya situación genérica en el mapa de Creta se hace con el concurso de algún topónimo de identificación segura incluido en los grupos.

La novedad, respecto a trabajos de características similares anteriores, radicará, en esta ocasión, en la introducción del mencionado factor económico en el estudio de la geografía de la Creta micénica. Con su ayuda, los autores han buscado la verificación de la validez de sus conclusiones respecto de los grupos de topónimos establecidos. De manera que, mediante el análisis de las características económicas de cada uno de los topónimos que componen esos grupos, obtienen, por una parte, su imagen económica, que será de utilidad para establecer su rango, respecto a los del resto del grupo⁵⁶; por otra, de la suma de las imágenes económicas parciales de sus topónimos resultará la imagen global de la región estudiada. Aún más, el cruce de esta información con la distribución geográfica de los «collectors» ayudará a aclarar el protagonismo económico de estos personajes.

54 Que ejemplificamos con la obra de autoría colectiva de M. V. CREMONA - D. MARCOZZI - E. SCAFA - M. SINATRA, *La toponomastica cretese nei documenti in lineare B di Cnosso*. Roma, 1978.

55 A. c. en n. 33.

56 El número y el tipo de esas actividades son los factores que pueden coadyuvar a definir la posición de un lugar y su relación con otros, así como establecer una tipología clasificatoria de los topónimos en atención al número e importancia de las actividades económicas (agricultura, cría de ganado, manufactura textil, metalurgia del bronce, etc.) que en él se desarrollan. Se mueven en esta línea dos trabajos de E. STAVRIANOPOULOU, dedicado el primero, en realidad su tesis doctoral (*Untersuchungen zur Struktur des Reiches von Pylos. Die Stellung der Ortschaften im Lichte der Linear B-Texte*. Gotemburgo, 1989), al papel que desempeñan los topónimos pilios en la economía del reino. Del análisis estadístico de los datos y de los resultados que de él se derivan será posible, entre otras cosas, establecer la trama de relaciones entre las capitales de los distritos pilios y el resto de poblaciones, así como la repartición geográfica de las actividades económicas. En el segundo («Observations sur la hiérarchie des localités d'après les textes en linéaire B». E. DE MIRO - L. GODART - A. SACCONI, [eds.], *II Congresso Internazionale di Micenologia. Roma - Napoli, 14-20 ottobre 1991*. Roma, 1996, pp. 499-509), siguiendo los criterios (actividades económicas) utilizados en el anterior, clasifica los topónimos pilios y cnosios en seis grupos, de acuerdo con el número de actividades que desarrollan (de una a seis), procediendo, a continuación, a un análisis comparativo de los datos globales y porcentuales que estas clasificaciones ofrecen. En términos generales, concluye que los topónimos pilios, sometidos a un control riguroso, presentan una estructura económica marcadamente especializada, en tanto que en el caso de los cnosios su estructura se revela más compleja y «autosuficiente», menos especializada por tanto. Respecto de estos últimos coincide la autora con otros estudiosos en que la administración micénica no ha hecho otra cosa que modificar en lo esencial una situación heredada de la época anterior (la minoica).

Merece en este apartado una mención J. BENNET (a quien volveremos a referirnos más adelante) estudioso de la geografía micénica, de Creta en especial, que, a lo largo de sus trabajos, ha diseñado un modelo económico-administrativo, para el período micénico de la isla, basado en la trama de relaciones jerárquicas que se establecen entre los denominados, por él, centros de «segundo orden», respecto de palacio y, a su vez, la de éstos con sus satélites, las poblaciones de «tercer orden». Estas últimas sin función administrativa⁵⁷. Lógicamente, se ocupará también, sobre el significado de la dualidad de registros de ganado ovino, representada por las tablillas que anotan, o no, nombres de «collectors». Para Bennet, el hecho de que la proporción de estos individuos aumente con la distancia de palacio⁵⁸, le sugiere que este personal, miembros de élites locales, serían los responsables de hacer cumplir los objetivos económicos impuestos por palacio a las unidades económicas poblacionales.

Resulta evidente, además, que la información de tipo económico que ofrecen las tablillas no será determinante para ubicar sus topónimos; pero lo que no se puede negar es que su comprensión será una ayuda eficaz para confirmar que la situación escogida para un topónimo (o un grupo de ellos) reúne las características adecuadas. En este sentido es claro el ejemplo que ofrece *da-wo*, un topónimo para el que sus atestiguaciones, además de dejar constancia de su relación con *pa-i-to* (Festo), lo que lleva, de manera automática, a situarlo en su entorno y, por ende, en la llanura de la Mesará, aseguran que se trata del área cerealística más importante de Creta, a la vez que un relevante centro ovino, textil, productor de *po-ni-ki-jo*, *ki-ta-no*, *ku-pa-ro* (plantas ¿de uso industrial?), así como de azafrán. Estas características y, en especial, su condición de productor de trigo en grandes cantidades, confirma lo que la relación contextual hacía inferir (la mencionada proximidad a Festo y, por tanto su localización en la Mesará), puesto que este es, precisamente, el espacio más fértil y mejor regado de la isla.

Aún más, y como advertían CHADWICK⁵⁹ y MELENA⁶⁰, y confirma y desarrolla MCARTHUR⁶¹, será igualmente relevante, al respecto, la aplicación, una vez definidos, de los datos excluyentes de las actividades agrarias o ganaderas. En el caso del olivo, por ejemplo, la altitud límite de su cultivo, entre 600 y 800 m., impedirá la situación en cota superior de cualquier topónimo cuyo contexto mencione dicho árbol, o sus productos derivados (aceitunas y aceite). Otro tanto ocurrirá con el lino, cuyo cultivo necesita de tierras de alto nivel hídrico y, así, sucesivamente.

57 A. c. en n. 33.

58 Algo que ya habían notado HART (a. c. en n. 25, pp. 10-15) o WILSON (a. c. en n. 33), entre otros.

59 A. c. en n. 1.

60 A. c. en n. 37, y o. c. en n. 7, p. 111.

61 O. c. en n. 13, pp. 254-255.

En cuanto a la ayuda instrumental, hay que decir que, a partir de finales de los años setenta del siglo pasado, aparecen trabajos de toponimia micénica en los que, mediante el uso de programas adecuados, se aplicaba a los datos tabléticos el tratamiento informático. Ello permitía, entre otras cosas, la gestión y, sobre todo, el cruce de los datos obtenidos con otros de diferente índole, proporcionados por la arqueología y otras disciplinas, en orden a extraer conclusiones de todo tipo; si bien primaban las geográficas y económico-sociales.

De su importancia daban cuenta los trabajos incluidos en la «Section Four: Statistical and Computer Studies» de J. BINTLIFF (ed.), *Mycenaean Geography. Proceedings of the Cambridge Colloquium. September 1976* (Cambridge, 1977), el primer coloquio sobre geografía micénica, celebrado hasta ahora. Figuraban, allí, entre otros, uno de J. CHERRY⁶², quien se ocupaba del tratamiento, mediante un programa informático de valoración multidimensional no métrica (MDSCAL, «non-metric multidimensional scaling»), de los datos obtenidos del análisis estadístico de las asociaciones de topónimos en los documentos de Pilo; en el de D. KENDALL⁶³, se escenificaban, de manera informática, las relaciones de contigüidad entre los topónimos pílíos; así como en el de A. CHADWICK⁶⁴, referido, igualmente, a Mesenia.

Usuarios de estos medios han sido, entre otros, A. L. WILSON⁶⁵, J. K. MCARTHUR⁶⁶ o J. CAROTHERS⁶⁷. El primero, utilizando la estadística, revisa el grado de verosimilitud del criterio de localización topónimica mediante el uso de las asociaciones contextuales; otro tanto hará la segunda, respecto de los diferentes tipos de identificación y localización de los topónimos cnósios; la tercera (Carothers) combinará la información de las tablillas, sobre los lugares de mayor importancia de Pilo, con los datos arqueológicos que proporciona la *Minnesota Messenia Expedition* (MME).

Aprovechamos la mención de la MME, para concluir este epígrafe con una mera referencia a algunos programas pluridisciplinarios⁶⁸ de investigación sectorial, referidos a áreas geográficas griegas concretas, y cuyo ámbito cronológico de aplicación puede estar limitado a una época determinada o, contrariamente, abarcar toda la historia atestiguada del lugar o región es-

62 «Investigating the Political Geography of an Early State by Multidimensional Scaling of Lineal B Tablets Data», pp. 76-83.

63 «Computer Techniques and the Archival Map-reconstruction of Mycenaean Messenia», pp. 83-87.

64 «Computer Simulation of Settlement Development in Bronze Age Messenia», pp. 88-93

65 A. c. en n. 33.

66 O. c. en n. 13.

67 *The Pylian Kingdom: A case Study an Early State*. University de California, Los Angeles, 1992.

68 Las áreas afectadas son, básicamente, la Agricultura, la Arqueología, la Filología, la Geografía, la Geología y la Historia.

tudiados. Todos han producido un considerable número de publicaciones sobre los diferentes aspectos en los que se descompone cada proyecto.

El primero fue el ya mencionado *The Minnesota Messenia Expedition* (MME) que, entre los años 1959 y 1969, se ocupó de la Mesenia del período comprendido entre 1600 y 1100 a.C. (la Mesenia micénica)⁶⁹.

Referido solamente al área del palacio pílío (unos 250 km²) es *The Pylos Regional Archaeological Project* (PRAP) que documenta el establecimiento humano en la mencionada área palacial, desde los tiempos más antiguos hasta el s. XIX⁷⁰.

Concluimos con otro referido a un área concreta, en este caso el valle de Cnoso. Se trata de *The Knossos Urban Landscape Project* (KULP) que, patrocinado por la *British School of Athens* y la *23 Ephoria of Prehistoric and Classical Antiquities*, estudia los registros materiales que documentan la ocupación del espacio mencionado, desde el Neolítico hasta comienzos del s. XX⁷¹.

3. Esbozadas las dificultades que se presentan cuando se acomete el estudio de la geografía política del último período palacial de la Grecia del segundo milenio, así como los recursos que han ayudado a sortearlas en diferente medida, resta un último apunte en el que, de manera esquemática, se presentan los resultados obtenidos en los algo más de sesenta años de vida de estos estudios.

3.1. En cuanto a datos concretos⁷², cuando hablamos de la Grecia micénica es bastante probable que estemos refiriéndonos, como mucho, a un puñado de estados⁷³, cuya extensión global no superaría los 100.000 km²

69 W. A. McDONALD - G. R. RAPP (eds.), *The Minnesota Messenia Expedition: Reconstructing a Bronze Age Regional Environment*. Minneapolis, 1972.

70 Para su descripción v. J. L. DAVIS - S. E. ALCOCK - J. BENNET - Y. G. LOLOS - C. W. SHELMEERDINE, «The Pylos Regional Archaeological Project, part I: overview and the archaeological survey» (*Hesperia* 66, 1997, pp. 391-494). De tanto en tanto, además de las publicaciones concretas de los participantes en el proyecto, aparecen informes generales de las campañas realizadas.

71 Para una información preliminar sobre los resultados obtenidos v. J. BENNET - E. GRAMMATIKAKI - A. VASILAKIS - T. WHITELAW, «The Knossos Urban Landscape Project 2005. Preliminary Results» (A. SACCONI - M. DEL FREO - L. GODART - M. NEGRI [eds.], *Colloquium Romanum. Atti del XII Colloquio Internazionale di Micenologia* [Roma, 20-25 febbraio 2006]. Pisa-Roma, 2008, pp. 103-109).

72 Todo lo «concretos» que pueden ser cuando estamos refiriéndonos a una situación con más de 3200 años de antigüedad.

73 Actualmente, y aplicada la ecuación de archivo : palacio : reino, cabe hablar, hoy por hoy, de un decena de reinos o estados. Serían los de Pilo, en Mesenia; Tebas y Orcómeno, en Beocia; Micenas, Tirinto y Midea, en la Argólida; el que tuvo su sede en la actual Ayios Vasilios, en Laconia (cuya realidad la aseguraba el étnico, en función de antropónimo, *ra-ke-da-mi-ni-jo*, «El Lacedemonio», de los textos tebanos, con anterioridad a la aparición de sus primeros documentos en 2008); el asentado en la actual Volos, en Tesalia, lugar del que proceden dos fragmentos tabléticos que, aparecidos en 1956 y 1961, no han sido publicados hasta el 2010; y los de Cnoso y La Canea, ambos en Creta. Respecto a este último, como insistiremos, hay que decir que su independencia, si es que

(más o menos la de la Grecia moderna, excepción hecha de su parte norte), que estarían poblados, como mucho, por un millón de habitantes⁷⁴.

Se trata de estados de tamaño reducido. Sus superficies concretas oscilarían entre los aproximadamente 2.000 km² de Pilo y la algo más de tres veces mayor (6.400 km²), en el cálculo más optimista, que controlaría el palacio de Cnoso y en cuyo cómputo se incluye el territorio regido desde La Canea. De manera que, si es cierta su independencia de Cnoso, a finales del MR III B, estaríamos hablando, como mucho, para este último de una cifra que, de ninguna manera, superaría los 3000 km², según estimación de J. DRIESSEN⁷⁵. Extensión que lo aproximaría a la de los reinos continentales.

En cuanto a la Tebas del HR III B, con unos límites más claros hacia occidente y más difusos hacia el mediodía, su extensión no debía ir más allá de los 1500 km²; habida cuenta de que los topónimos que anotan sus tablillas sugieren que el interés de ese palacio se dirigía hacia las zonas E y S de Beocia, y no al N⁷⁶. Región, ésta última, que, con la inclusión de Gla y el lago Copais, correspondería al reino de Orcómeno.

Respecto a su población, para el período del MR III A-B, los cálculos más razonables⁷⁷ la sitúan en un arco que va desde los, más o menos,

la tuvo, solo alcanza al último período del HR III B, siendo coincidente su destrucción con la de los archivos continentales.

74 V. para estos datos: C. RENFREW (*The Emergence of Civilisation*. Londres, 1972, Tabla 14.IX), K. BRANIGAN ("Aspects of Minoan Urbanism"). K. BRANIGAN [ed.], *Urbanism in the Aegean Bronze Age*. Sheffield, 2001, p. 46, Tablas 4.1, 10.2) así como la síntesis realizada por I. MORRIS («The collapse and regeneration of complex society in Greece, 1500-500 BC». *Princeton/Stanford Working Papers in Classics*, December 2005. G. M. SCHWARTZ - J. J. NICHOLS [eds.], *After Collapse: The Regeneration of Complex Societies*. Tucson, 2006, pp. 7-8).

75 «Centre and Periphery: Some Observations on the Administration of the Kingdom of Knossos», pp. 96-112 (S. VOUTSAKI - J. T. KILLEN [eds.], *Economy and Politics in the Mycenaean Palace States. Proceedings of a Conference held on 1-3 July 1999 in the Faculty of Classics, Cambridge*. Cambridge, 2001).

76 Cf. J. BENNET (*a. c.* en n. 52, p. 156).

77 La metodología que se aplica a los trabajos sobre la demografía de esta época (u otras similares) toma en consideración un mayor o menor número de variables, en atención a lo afinado de sus resultados. En esencia, serán elementos básicos para su factura: los estudios de geografía histórica que evidencien el número y categoría de los asentamientos arqueológicos descubiertos; el establecimiento de los niveles históricos de población, así como los de la capacidad de producción de alimentos (especialmente cereal). Este último factor estará directamente relacionado con la capacidad de sostenimiento de población por parte de la región estudiada; a cuyo conocimiento contribuirá, también, el establecimiento, en la medida de lo posible, de las pertinentes series comparativas con épocas posteriores de las que se tengan datos fiables. Será, igualmente, de utilidad el estudio del número, situación y demás datos, tanto arqueológicos, como antropológicos, que ofrecen los enterramientos, no solo para aspectos estrictamente demográficos, sino también, lógicamente, para aquellos otros que atañen a la organización social y estatus de los individuos.

50.000 habitantes, para Pilo⁷⁸ y Tebas⁷⁹, hasta el doble o el triple para Cnoso; calculada por R. J. FIRTH en unos 110.000 individuos⁸⁰. Estimación media de un arco comprendido entre unos límites, por abajo y por arriba, de 80.000 y 140.000 individuos, respectivamente.

En cuanto a la de sus capitales, de las que se conoce la extensión de su área⁸¹, los cálculos oscilan entre los 3.000 y 8.000 habitantes, según hablemos de Pilo⁸² o Tebas⁸³, cuyas áreas estarían entre las 20 y las 30 Ha. Mucho más pequeñas serían Tirinte, cuya área no sobrepasaría las 8 Ha, y Micenas. En Creta, Cnoso, la más grande, con una superficie de no más allá de 75 Ha, sus habitantes no superarían los 15.000.

3.2. Respecto al número de estados, parece que la situación de mosaico político que ofrece la Grecia de las épocas Arcaica y Clásica tuvo su ante-

78 Se mueven en esta línea: W. A. McDONALD - R. HOPE SIMPSON («Archaeological Exploration». W. A. McDONALD - R. HOPE SIMPSON [eds.], *The Minnesota Messenia Expedition: Reconstructing a Bronze Age Regional Environment*. Minneapolis, 1972, pp. 117-147 [esp. 114]), quienes, por otra parte, calculaban en unos 200, el número de sus asentamientos; J. CAROTHERS - W. A. McDONALD («Size and Distribution of the Population in late Bronze Age Messenia: Some Statistical Approaches». *Journal of Field Archaeology* 6, 1979, pp. 433-454) y T. WHITELAW («Reading Between the Tablets: Assessing Mycenaean Palatial Involvement in Ceramic Production and Consumption». S. VOUTSAKI - J. KILLEN [eds.], *Economy and Politics in the Mycenaean Palace States. Proceedings of a Conference held on 1-3 July 1999 in the Faculty of Classics, Cambridge*. Cambridge, 2001, pp. 51-79, esp. 63-64), para quien los asentamientos mesenios oscilarían en torno a los 150; número que eleva a los 200 mencionados J. BENNET («Agency and Bureaucracy. Thoughts on the Nature and Extent of the Pylos Administration». *ibid.*, p. 32), cuando recuerda los que han podido perderse por diferentes causas (la erosión, principalmente).

79 V. *infra* n. 83.

80 «Estimating the Population on Crete during LMIIIA/B» (*Minos* 29-30, 1994-1995, pp. 33-55), de los que unos 10.000 corresponderían a la población urbana y el resto a la rural; cuyo reparto aproximado, por zonas es: La Canea: 10.000; Rétimo: 18.000; Iraklio: 60.000 y Lasithi: 25.000. La estimación de Firth rebaja, de manera considerable, el cálculo de C. RENFREW (*l. c.*), para quien la población cretense en el Bronce Reciente rondaría en torno a los 256.000 habitantes.

81 Para los datos referidos a las superficies de las capitales y su población v., además, de la bibliografía indicada, T. WHITELAW («From sites to communities: defining the human dimensions of Minoan urbanism». K. BRANIGAN [ed.], *Urbanism in the Aegean Bronze Age*. Sheffield, 2001, pp. 15-37); así como la síntesis realizada por I. MORRIS (*o. c.* en n. 74, p. 8).

82 En tanto que J. CHADWICK (*o. c.* en n. 8, p. 68) le otorga unos 2.500 habitantes (y entre 800 y 1.000 para *a-si-ja-ti-ja*, la capital de la *pe-ra,-ko-ra-i-ja*), T. WHITELAW (*v. a. c.* en n. 78) la aumentaba hasta los 3.000 para el área del palacio. Números aceptables, si se tiene en cuenta que el cálculo de los alimentos que van a ser consumidos en un banquete ritual a celebrar en *pa-ki-ja-si*, en las proximidades del palacio, y anotados en **PY Un 2**, darían para unos 2.000 comensales (si es que las cantidades registradas lo son para una sola celebración), según cálculo de J. L. MELENA (*Antología comentada de textos micénicos*. Vitoria, 1995, p. 27 y *o. c.* en n. 7, pp. 138-139); es decir el total de su población, habida cuenta de que en estos actos participarían todas las clases sociales; eso sí, separadas por estamentos y por los lugares que ocuparan.

83 S. SYMEONOGLOU (*The Topography of Thebes from the Bronze Age to Modern Times*. Princeton, 1985, pp. 69, 154) estimaba la población del centro palacial tebano en unos 8.000 habitantes. En cuanto a V. ARAVANTINOS, «Old and New Evidence for the Palatial Society of Mycenaean Thebes: An Outline», pp. 613-621 (esp. 617) (R. LAFFINEUR - W. D. NIEMEIER [eds.], *POLITEIA. Society and State in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the 5th International Aegean Conference. University of Heidelberg, Archäologisches Institut 10-13 April 1994*. Lieja-Austin, 1995), aceptando este dato, evalúa la población total del reino entre 30.000 y 50.000 habitantes, calculando en unos 4.000 el personal dependiente de palacio. Estimaciones que, en su opinión, también serían válidas para Orcómeno.

cedente en la época Micénica. Si bien es posible la existencia de una cierta organización supraestatal que se traduciría en una preeminencia sucesiva, según las épocas, de un reino sobre los otros⁸⁴.

A grandes rasgos, y apoyados en el épos, de una parte, y en la jerarquización del trazado de las vías micénicas⁸⁵, de otra, es posible suponer que a una primera fase en la que señoreó la autoridad de Pilo, sucedió otra de prelación de Micenas⁸⁶ sobre el resto de los reinos continentales. Finalmente, ya en las postrimerías del período micénico (MR III B), debió ser Tebas la que recibió el testigo de Micenas⁸⁷.

Cuestión aparte será la de si existen variantes en cuanto a la organización política de su territorio. En esto, como en otras cosas, es posible apreciar similitudes y diferencias, más o menos claras, de unos, respecto de los otros. En nuestra opinión, y dejando aparte cuestiones de *koiné*, lo que no puede negarse es que, en todos los casos, las aparentes diferencias tipológicas y organizativas, que se desprenden del análisis de la documentación conservada, deben responder, en última instancia, a dos factores determinantes: el sometimiento al espacio geográfico que ocuparon los reinos y a la peripécia histórica de su implantación⁸⁸.

84 Abunda en este sentido, en términos generales y apoyado en el épos, P. CARLIER («Réflexions sur les relations internationales dans le monde mycénien: Y a-t-il eu des hégémonies?», A. SACCONI - M. DEL FREO - L. GODART - M. NEGRI [eds.], *o. c.* en n. 71, pp. 121-130), quien, pese a que las tablillas no permiten zanjar la cuestión, sugiere que de las tres posibilidades de organización política para el mundo micénico (yuxtaposición de pequeños reinos independientes; imperio centralizado o imperio hegemónico) será la última la que cuente con mayores visos de verosimilitud. La entiende como una situación en la que conviven un determinado número de reyes menores con uno grande y hegemónico; hegemonía que no está adscrita, indefectiblemente, a una dinastía o reino.

85 V. los trabajos de J. LAVERY («Some aspects of Mycenaean topography», *Bulletin of the Institute of Classical Studies* 37, 1990, pp. 165-171, y «Some 'New' Mycenaean Roads at Mycenae: Εὐρύγυια Μυκηνήν», *Id.* 40, 1995, pp. 264-265) y S. VOUTSAKI («The Rise of Mycenae: Political inter-relationships and archaeological Evidence», *Id.* 45, 2001, pp. 183-184). En ellos se destaca el papel articulador de Micenas, centro de la red de vías que, de manera más o menos radial, se extienden por el Peloponeso.

86 En realidad, fue V. R. DESBOROUGH (*The Last Mycenaean and their Successors. An Archaeological Survey c. 1200 - c. 1000 B.C.* Londres, 1964) quien, impresionado como Schliemann por «el oro de Micenas», supuso que ésta había sido la «capital» del mundo griego y, de acuerdo con la *Iliada*, Agamenón su caudillo.

87 A. SACCONI en un breve trabajo («L'extension territoriale du royaume mycénien de Thèbes et le 'Catalogue des Vaisseaux' homérique», F. LANG - C. REINHOLDT - J. WEILHARTNER [eds.], *ΣΤΕΦΑΝΟΣ ΑΡΙΣΤΕΙΟΣ. Archäologische Forschungen zwischen Nil und Istros. Festschrift für Stefan Hiller zum 65. Geburtstag*. Viena, 2007, pp. 237-240), así como en otros en colaboración con L. GODART y V. ARAVANTINOS (v. n. 105), fundamenta, mediante el recurso a la arqueología, a cierta documentación en lineal B y, sobre todo, al *Catálogo de las Naves* (así como al *Catálogo Pequeño*, II. 13, vv. 685 ss.) la preeminencia de la Tebas micénica, en el s. XIII a.C., sobre el conjunto de los estados griegos de la época.

88 Que, en líneas generales, puede resolverse en dos posibilidades: creación de los estados *ex novo*, probablemente por agregación (sería este el caso de los continentales), o mediante la superposición de una trama administrativa más reciente sobre otra anterior. Este fue, probablemente, el caso del Cnoso micénico, respecto del minoico precedente.

Resultado de la interrelación de ambos factores serán, precisamente, los reinos micénicos que conocemos; de los que, seguidamente y como conclusión de nuestro trabajo, ofrecemos una breve reseña geopolítica⁸⁹.

3.2.1. Como hemos adelantado, en Pilo (Mesenia) (v. fig. 1) el elemento organizador de su territorio era la sierra del Aigaleon que discurre desde Kyparissia, al N, hasta el monte Lykodimo, al S y al O de la actual Petalidi (Korone). Ésta articulaba el reino en dos provincias, cuyos nombres, *de-we-ro-a₃-ko-ra-i-ja* y *pe-ra₃-ko-ra-i-ja*⁹⁰, aparecen en las tablillas Ng 319 y 332, totalizadores de las recepciones y déficits de lino que, de manera parcial (por distritos y los lugares que a estos pertenecen) anotan las de la serie Na.

Ambas provincias, comunicadas por el norte por los pasos entre las llanuras Soulima y Esteniclarea y por una vía en el área de Neromilo-Kazarma al S⁹¹, están divididas, a su vez, en nueve y siete distritos, respectivamente, cuyas funciones debieron ser recaudatorias y distributivas⁹². Sus nombres son registrados, a su vez, en otros tres documentos, a los que podría otorgarse la consideración de catálogos o «itinerarios». Se trata de Cn 608 (una contribución de puercos cebados) y la mencionada Vn 20, que listan, en el mismo orden canónico, los nombres de

89 Antes de seguir, advertimos que nuestra descripción geográfica, sobre todo la de los reinos de Pilo y Cnoso, debe, y mucho, a las partes correspondientes de dos trabajos excelentes de síntesis sobre la geografía micénica. Nos referimos a los capítulos respectivos que sobre el tema contienen los manuales de J. CHADWICK (o. c. en n. 17, 1976) y de M. S. RUIPÉREZ y J. L. MELENA (o. c. en n. 7), mencionados, asimismo, en otras partes de este trabajo.

90 Lingüísticamente, son dos adjetivos femeninos en *-ja* que sobreentienden el sustantivo «tierra»; es decir, «(la tierra) *de-we-ro-...*» y la «(tierra) *pe-ra₃-...*». Formalmente son yuxtapuestos de *de-we-ro-/pe-ra-* y *-a₃-ko-ra-i-ja*, cuyo segundo elemento ha sido interpretado como derivado del nombre de la cadena montañosa, actualmente, llamada Ayiá y en época clásica Αἰγαλέον (< *Αἰγαλίον < *Αἰολαῖον, adjetivo sustantivado, derivado del yuxtapuesto Αἰγός [-ων] λᾱας, cf. αἶξ y λᾱας, es decir «Peña de las Cabras»). En cuanto a los primeros elementos es clara su interpretación como adverbios: δῆυρο, lat. *cis-*, con la significación «hacia aquí», que autoriza la traducción «citerior», opuesta a «ulterior», presente en *pe-ra₃-ko-ra-i-ja* (*pe-ra-* : πέρα, lat. *trans-*, «más allá»). Serán, por tanto, sus interpretaciones: «La [tierra/provincia] de más acá [de la sierra] del Aigaleon» y «La [tierra/provincia] de más allá [de la sierra] del Aigaleon». En lo geográfico, la primera se extendía sobre la franja costera occidental de Mesenia, comprendida entre el río Neda y la actual Koróni, en el extremo occidental del Golfo de Mesenia; en tanto que la segunda, la *pe-ra₃-ko-ra-i-ja*, interior y de límites más difusos hacia el E (si bien el Taígeto podría serlo por esa parte), lo hace por el valle de Mesenia, regado por el Pámiso, y a lo largo de la costa del golfo mesenio, desde la actual Longa hasta la desembocadura del río Nedón, en la actual Kalamáta. En términos comparativos y guardando todas las distancias y sin la más mínima pretensión de exactitud, el complejo geográfico que componen ambas provincias evoca, si quiera de manera remota, al que en nuestra tierra conforman las comarcas de la Marina Baja y la Montaña, separadas por la sierra de Aitana.

91 Para esta vía v. W. McDONALD, «Overland Communications in Greece During LH III, with Special Reference to Southwest Peloponnese», pp. 217-260 (esp. 224 ss., y su fig. 4), E. L. BENNETT, Jr. (ed.), *Mycenaean Studies. Proceedings of the Third International Colloquium for Mycenaean Studies held at «Wingspread», 4-8 September 1961*. Madison, 1964, y J.- E. FANT - W.- G. LOY, «Surveying and Mapping», pp. 18-35. W. A. McDONALD - G. R. RAPP (eds.), *The Minnesota Messenia Expedition: Reconstructing a Bronze Age Regional Environment*. Minneapolis, 1972.

92 Ejemplifican una y otra actividad, la serie Ma y Vn 20 (distribución de vino para la celebración de una festividad); en tanto que On 300 registra en dos grupos de asientos sendas partidas de pieles, según su pertenencia a una u otra provincia.

los nueve distritos de la *de-we-ro-a₃-ko-ra-i-ja*, así como un tercero, **Jn 829** (probablemente una requisa de bronce para la escuadra, encargada a las autoridades «provinciales», cuya finalidad es la forja de puntas de jabalinas y lanzas), que relaciona en idéntico orden a los anteriores los distritos de la *de-we-ro-a₃-ko-ra-i-ja*, seguidos por los siete de la *pe-ra₃-ko-ra-i-ja*⁹³.

La *de-we-ro-a₃-ko-ra-i-ja*, extendida a lo largo la costa occidental del reino, debió ser la primera en formarse. Primero, mediante la agregación sucesiva de pequeñas unidades a la zona de palacio. De manera que el lugar habría alcanzado un tamaño considerable hacia el final del HM; período, a partir del cual, habría extendido su poder más allá de su área inmediata, dominando e incorporando a otros centros, antiguos competidores, semejantes en tamaño e importancia, que habrían pasado a ser centros regionales, subsidiarios o secundarios, del reino expandido del que Pilo era capital⁹⁴. Eso es lo que parece indicar la anotación de sus localidades en un orden fijo, N – S⁹⁵, que puede corresponderse con el de los lugares existentes durante el mencionado período de expansión de Pilo, producido, probablemente, a partir del HR I-II (ca. 1600 - 1400 a.C.).

Como apuntará BENNET, la situación de la *pe-ra₃-ko-ra-i-ja*, en esta época, es menos clara⁹⁶. Puesto que si la evidencia arqueológica es interpretada de manera correcta, el palacio pilio puede haber extendido su poder sobre el Aigaleon en el HR III A2, cuando el mégaron de Nijoria (*ti-mi-to a-ke-e*), probable localidad emergente en el HR I, está ya fuera de uso. Alternativamente, esta situación de Nijoria puede representar, por un lado,

93 Resulta significativo que en este listado completo de distritos, como en los dos anteriores, no aparece *pu-ro*; si bien, sí lo hace *pa-ki-ja-ne*, importante centro de culto a unos 3 km al N de Pilo (en las afueras de la actual Khora). A los tres documentos mencionados puede añadirse un cuarto, **Vn 19**, muy fragmentario, que en sus cuatro líneas primeras anota los distritos iniciales de la *de-we-ro-a₃-ko-ra-i-ja*.

94 Sobre la evolución histórico-geográfica del reino pilio, apoyada en los resultados del PRAP (campana 1992-1994), v. J. BENNET, «Space Through Time: Diachronic Perspectives on the Spatial Organization of the Pylian State», pp. 587-602, esp. 600-601 y lám. LXXI (v. fig. 2) (R. LAFFINEUR - W. D. NIEMEIER [eds.], o. c. en n. 83), donde escenifica las tres etapas, en su opinión, de la constitución del reino pilio (con preferencia de **T2b** sobre **T2a**) y, de manera más sucinta, en «Pylos: the expansion of a Mycenaean palatial center», pp. 9-18 (M. L. GALATY - W. A. PARKINSON [eds.], *Rethinking Mycenaean Palaces: New Interpretations of a Old Idea*. Los Angeles, 1999). No obstante, D. B. SMALL («Mycenaean polities: states or estates?»). *Ibid*, pp. 43-47) argumentará en contra de ese modelo administrativo para Pilo (y, probablemente, para el resto de reinos micénicos continentales); esto es, el de un estado complejo que impone una organización jerárquica a centros regionales. En su opinión, y habida cuenta de su tamaño, entre otras cosas, más que de «estado», cabe hablar mejor de una «finca grande» («expanded estate») que ejerció un control directo sobre los asentamientos de su entorno con el fin de recabar materias primas para sus talleres. Idea que aproximaría las organizaciones políticas micénicas a la situación europea altomedieval o a la clásica maya.

95 Cuyos límites los fijan los accidentes geográficos representados por el río Neda, al N, y el top. *ri-jo* (/Rhion/), «El Cabo» (actual cabo Koróni), al S, respectivamente. Para la descripción detallada de esta provincia y el encaje de los lugares micénicos en su territorio v. J. CHADWICK (o. c. en n. 8).

96 Es escasa la información con que contamos respecto a esta «provincia». Quizá ello se deba, como se apunta a continuación, a que habría existido un archivo secundario en su centro administrativo (*re-u-ko-to-ro*), que ejercería, según documentan sus menciones en los textos, las mismas funciones que Pilo en la costa.

su subordinación a Leuktro (*re-u-ko-to-ro*) y, por otro, su incorporación al reino pilio a comienzos del HR III B.

Respecto a Leuktron, desconocemos cual fue su grado de dependencia respecto al palacio de Ano Englianos. A este respecto caben dos posibilidades, o bien, y a la manera de La Canea en la Creta occidental, mantuvo una autonomía suficiente que le permitiera seguir con los registros contables de su territorio⁹⁷ o, contrariamente, como parecen asegurar los documentos del archivo pilio su sometimiento a este palacio fue total. Por lo que toca a su nominación, es posible que este lugar fuera el llamado también *pu-ro ra-u-ra-ti-jo*, denominación que parece orientada a diferenciar un *pu-ro* (el de la provincia costera, la capital del reino) del otro, el *pu-ro ra-u-ra-ti-jo* de la Tramontana; pudiéndonos preguntar si ello significó, quizá, un estatus similar para ambos.

En cuanto al orden de sus distritos, documentalmente, este es menos claro que en la *de-we-ro-a₃-ko-ra-i-ja*. Como reconoce Chadwick, fue C. SHELMEKDINE⁹⁸ quien, a partir de una teoría anterior de W. F. WYATT⁹⁹, facilitó la solución del problema al organizar, administrativamente, en cuatro grupos sus siete distritos; quedando para CHADWICK el dotarles coherencia geográfica¹⁰⁰.

De manera que el territorio de esta provincia quedaba dividido en cuatro cuadrantes, zonas fiscales, cuyas líneas secantes eran: las colinas Skala que lo dividían en sentido longitudinal (E – O), formando, de esta manera, dos distritos, el septentrional (o superior), que era la llanura Esteniclarea, y el meridional (o inferior), que correspondía al valle del río Pámiso; en tanto que las corrientes unidas de los ríos Mavrozúmeno y Pámiso formaban el eje N – S, dividiendo, a su vez, la provincia en dos sectores que, en esta ocasión, eran occidental y oriental (v. fig. 1)¹⁰¹. Esta disposición proporcionaba

97 J. BENNET («*re-u-ko-to-ro za-we-te*: Leuktron as a Secondary Capital in the Pylos Kingdom?», pp. 11-30. J. BENNET - J. DRIESSEN [eds.], *A-NA-QO-TA. Studies Presented to J. T. Killen*. Salamanca, 1998-1999 [2002] [= *Minos* 33-34]) lo localiza, de acuerdo con una propuesta de CHADWICK (M. VENTRIS - J. CHADWICK, *Documents in Mycenaean Greek. Second Edition by John Chadwick*. Cambridge, 1973, p. 466), en el sector NO de la provincia, en contacto con la *de-we-ro-a₃-ko-ra-i-ja*, quizá en la actual Mouriatada Elliniko.

98 «The Pylos Ma Tablets reconsidered». *American Journal of Archaeology* 79, 1973, pp. 261-275.

99 «The Ma tablets from Pylos». *Id.* 66, 1962, pp. 21-41.

100 En un apéndice al artículo de Sheldermine: «The Geography of the Further Province of Pylos», pp. 276-278 y, más tarde, en «The Geography of the Pylian Kingdom». *Bulletin of the Institute of Classical Studies* 19, 1972 (1973), pp. 147-148, así como en o. c. en n. 17, pp. 47-48).

101 De acuerdo con CHADWICK y RUIPÉREZ y MELENA (oo. cc. en nn. 8 y 7, respectivamente), los cuatro sectores, con sus características, quedarían definidos de la siguiente manera: IV. *Septentrional occidental*, compuesto por *e-ra-te-re-we* y *a-te-re-wi-ja*: contactaría con la costa a través del valle de Súlma, cuyas colinas, aptas para el pastoreo, tendrían, como en la actualidad, una producción agrícola escasa; III. *Meridional occidental*, compuesto por *ti-mi-to a-ko* (que guardaría la entrada de la *pe-ra₃*- y controlaría la costa del Golfo de Mesenia, los valles de Mesenia y el paso al palacio de *pu-ro* [cf. la etimología de su nombre: *a-ko*, cf. gr. ἄγκος, «valle»]), *sa-ma-ra* y *a-si-ja-ti-ja*: comunicado con *pu-ro* (Pilo) y la vega baja del Pámiso, registra en los textos un moderado producto agrario, bronceístas y ganado ovino; II. *Septentrional oriental*, situación confirmada por

los cuadrantes fiscales mencionados, para los que CHADWICK supondría contigüidad geográfica¹⁰².

3.2.2. La región de Beocia (v. fig. 3), en la época micénica (HR III B), debía estar dividida en dos estados, regidos, respectivamente, por Tebas y Orcómeno¹⁰³.

El de Tebas, a grandes rasgos, ocuparía la parte meridional de la región, extendiendo su poder, también y a juzgar por los topónimos que atestiguan sus documentos, a la zona central de Eubea¹⁰⁴ e, incluso hay quienes lo alargan hasta el Ática y Megárida¹⁰⁵. El de Orcómeno, al NO, incluiría en su territorio Gla y el lago Copais. Uno y otro estarían separados por el trazado de una línea quebrada que, en la dirección NE - SO, partiendo de Halai, en el Golfo de Eubea, discurriría hacia el Ptoion, dejándo Gla al O, por el espacio comprendido entre la ribera meridional del Copais y las occidentales de los también lagos Paralimni e Iliki, para, llegando al Helicón y Tespías¹⁰⁶, acabar en Creusis, ya en el Golfo de Corinto. Por el S, lo más probable, es que el estado tebano estuviera limitado por la línea que forman el río Asopo y el monte Citerón.

la posibilidad de que *e-re-i* (Jn 829.19) tome su nombre (cf. gr. ἔλος, «pantano») de los pantanos de las fuentes del Pamiso: compuesto por *e-sa-re-wi-ja* y *za-ma-e-wi-ja*; finalmente, I. Meridional oriental, con *ra-wa-ta₂*, y en cuya localización se sitúa, también, *pu-ro ra-wa-ra-ti-jo*.

102 Puesta en duda, posteriormente, por J. BENNET en «The Mycenaean Conceptualization of Space or Pylian Geography (... yet again!)». S. DEGER-JALKOTZY - S. HILLER - O. PANAGI, (eds.) unter Mitarbeit von G. Nightingale und Th. Lindner, *Florent Studia Mycenaea. Akten des X. Internationalen Mykenologischen Colloquiums in Salzburg vom 1.-5. Mai 1995*. Viena, 1999, pp. 131-157.

103 V. la bibliografía mencionada en la n. 105.

104 Cf. *a-ma-ru-to* y *ka-ru-to*, fácilmente identificables con Ἀμάρυνθος y Κάρυστος.

105 B. SERGENT («Les petits nodules et la grande Béotie» (*Revue des Études Anciennes* 96, 1994, pp. 365-384). Esta ampliación del estado tebano se basa en la interpretación del acusativo de dirección, con la partícula lativa *-de*, *a₂-pa-a₂-de* (TH Wu 94.β) que, desprovista de ésta, daría una forma * *a₂-pa-a₂*, ¿cf. Ἀφαία?, epiclisis de Atena en la isla de Egina (frente a Atenas); de modo que la forma micénica significaría «al santuario de Ἀφαία». El problema radica en fijar su situación. Resulta muy probable que ésta sea en el palacio tebano o en sus inmediaciones, puesto que el documento, un nódulo, fue encontrado allí (este tipo documental identificaba algún bien -cabeza de ganado, etc.- al que se le unía y, por supuesto, con el que viajaba). Referenciarlo a la isla de Egina y, de rechazo, a Atenas y a una situación de dominio de Tebas, parece un tanto excesivo. Se suman a esta prolongación del reino tebano, L. GODART - A. SACCONI («La géographie des états mycéniens». *Comptes Rendus: Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 1999:2, pp. 527-546, esp. 544, n. 16; sin embargo, del mapa de la p. anterior (543), parece desprenderse que el límite por el S lo forman los montes Olimpo y Citerón), V. L. ARAVANTINOS - L. GODART - A. SACCONI (*Thèbes. Fouilles de la Cadmée I. Les tablettes en linéaire B de la Odos Pelopidou. Édition et commentaire*. Pisa-Roma, 2001, p. 357) y A. SACCONI (a. c. en n. 87). Si bien M. DEL FREO («The geographical names in linear B texts from Thebes». *Pasiphae* 3, 2009, pp. 41-67, esp. 44-45, 66), tras un análisis objetivo del topónimo, añade más adelante que «for the moment, it is uncertain if the palace authority extended also to the region to the south of the Asopos river».

106 Sobre las razones de este hito en la divisoria entre los estados de Orcómeno y Tebas, v. M. RUIPÉREZ - J. L. MELENA (o. c. en n. 7, pp. 127-128).

3.2.3. Más peculiar es el caso del llamado «Sistema Argos», en la llanura argiva (v. fig. 4). Región que, aparentemente, cuenta con cuatro palacios (Micenas, Tirinte, Midea y Argos), según aseguran las realidades arqueológica y epigráfica, exceptuada, esta última, para Argos¹⁰⁷.

En principio, se consideraba que esta región había funcionado, administrativamente, de la misma manera que otros lugares; es decir, constituiría un territorio único gobernado desde un único lugar, Micenas¹⁰⁸. El posterior reconocimiento de la realidad palacial de Tirinte, trajo como consecuencia la de su reino. De manera que se contaba, ya, con dos reinos, de los que ambos palacios eran su centro administrativo¹⁰⁹. Su proximidad (unos 15 km de distancia¹¹⁰) se obviaba con el recurso a suponerlos situados de manera excéntrica a sus territorios y próximos a las fronteras respectivas.

Más adelante, Midea demuestra, tanto en lo arqueológico, como en lo documental¹¹¹, también su calidad de palacio y, por tanto, su realidad de centro administrativo de un territorio¹¹². Con lo que ya no se trataba de dos palacios, sino de cuatro¹¹³ en realidad; lo que daba paso a una situación territorial absolutamente singular y en nada comparable a lo que ocurría en otros lugares.

Ha sido M. MARAZZI¹¹⁴ quien, a través de la observación del territorio,

107 Sobre la carencia documental de Argos v., más abajo, la n. 113.

108 Considerado Tirinte como una fortaleza «avanzada» de Micenas.

109 Si bien, para P. DARCQUE (*L'habitat mycénien. Formes et fonctions de l'espace bâti en Grèce continentale à la fin du II^e millénaire avant J.-C.* Paris,-Atenas, 2005) la Argólida habría funcionado, administrativamente, como un único territorio con dos palacios (Micenas y Tirinte).

110 La distancia entre Micenas y Midea y Argos es algo menor (aproximadamente, unos 12 ó 13 km.), similar a la que media entre Argos y Midea (12 km); reduciéndose, algo más, en el caso de las que separan Tirinte de Midea y Argos (entre 7 y 8 km, aproximadamente).

111 Por el hallazgo de nódulos, documentos básicos en la administración micénica. En uno de los cuales (MI Wv 6) aparece la palabra *me-ka-ro-de*, aparentemente /*Megaronde*/ (acusativo de dirección con la partícula lativa *-de*) que, en opinión de sus descubridoras (K. Demakopoulou y N. Divari-Valakou; cf. K. DEMAKOPOULOU - N. DIVARI-VALAKOU - A.-L. SCHALLIN - G. EKROTH, A. LINDBLOM, M. NILSSON, L. SJÖGREN, with an Appendix by Y. BASSIAKOS, «Excavations in Midea 2000 and 2001». *Opuscula Atheniensia* 27, 2002, pp. 27-58, esp. 53-54), en esta ocasión, puede ser el nombre micénico para Midea. Más concretamente, la referencia a la «Manor» del «Landlord» de Midea o, incluso, el propio palacio; si bien, apuntan, asimismo, la posibilidad de que se trate de otro topónimo o palacio distinto al de Midea.

112 V., en este sentido, los trabajos de las arqueólogas mencionadas, de entre los que entresacamos, respectivamente, «Mycenaean Citadels: Recent Excavations on the Acropolis of Midea in the Argolid» (*Bulletin of the Institute of Classical Studies* 40, 1995, pp. 151-176), de la primera, y *Excavations on the acropolis of Midea. Results of the Greek-Swedish excavations under the direction of Katie Demakopoulou and Paul Åström. Vols. I.1 Text, I.2: The excavations on the Lower Terraces, 1985-1991, by Gisela Walberg* (Estocolmo, 1998), de la segunda. Ambas autoras, apoyadas en la calidad y riqueza de los hallazgos, enfatizan su importancia económica, administrativa y militar, solo superada por Micenas, en el conjunto del que formaba parte.

113 Incluido Argos cuya carencia de inscripciones en lineal B debe atribuirse, en opinión de MARAZZI (a. c. en n. siguiente, p. 489), probablemente, a las sucesivas reedificaciones.

114 «Il 'sistema' Argolide: l'organizzazione territoriale del golfo argolideo». A. SACCONI - M. DEL FREO - L. GODART - M. NEGRI (eds.), o. c. en n. 71, pp. 485-501.

una vez delimitado y establecido su sistema viario¹¹⁵, ha propuesto una explicación al problema. Describe Marazzi el territorio como dos triángulos invertidos unidos por su base que, a su vez, forman un paralelogramo que bascula hacia el E y en cuyos vértices extremos (eje N-S) se sitúan Micenas y Tirinte, respectivamente; en tanto que Argos y Midea lo hacen en los correspondientes al eje E-O. Según este esquema, el control territorial se repartiría del siguiente modo: Micenas, vértice principal, lo ejercería sobre la totalidad del territorio, en tanto que a Tirinte le correspondería la zona marítima¹¹⁶. Por su parte, Argos y Midea son entendidos como dos «observatorios fortificados», equidistantes y simétricos respecto al centro ideal de la llanura, siendo su función la de controlar la red de enlaces¹¹⁷. De esta manera, el mencionado reparto de funciones de los cuatro palacios hace concebir a la llanura de Argos como un espacio integrado, único en el continente, en el que encontrarían explicación, de manera simultánea, la presencia de varios lugares fortificados así como la de su distribución documental encontrada (tablillas en Tirinte, tablillas y nódulos en Micenas, y solo nódulos en Midea)¹¹⁸.

Idea en la que ha abundado (y profundizado) C. VARIAS en un excelente trabajo de síntesis¹¹⁹, quien ha subrayado la singularidad de ese territorio, señalando que «parece claro que los centros palaciales en esta región funcionaban de modo distinto al de Pilo en Mesenia, con una complejidad que, de una u otra manera, suponen una estructura política suprapalacial. Si así fuera, tendríamos una nueva perspectiva histórica del mundo micénico, que sería bastante más diverso de lo que se ha supuesto hasta ahora, y deberíamos pensar también que la estructura de la Argólida pudo darse perfectamente en otras regiones de la Grecia micénica».

3.2.4. Dejando de lado Ayios Vasilios (Laconia) y Volos (Tesalia), por lo fragmentario de los escasísimos documentos encontrados que, así y todo, sí atestiguan la realidad de palacios (y estados) en estos lugares¹²⁰, queda ya, referirnos, muy brevemente, a la situación política de la Creta micénica.

115 Con la ayuda de cartografía por satélite; así como con la de los datos arqueológicos, sobre los que proyecta los que ofrece la documentación.

116 Cuya costa ha avanzado con el tiempo, dejando a Tirinte más al interior.

117 Midea sobre la zona norte y oriental hasta Berbati y el Golfo Sarónico; Argos haría lo propio hasta Tirinte.

118 Opinión no compartida por L. GODART y A. SACCONI (a. c. en n. 105, p. 538), para quienes la aparición de jarras de estribo cretenses en los tres lugares que han proporcionado textos (Micenas, Tirinte y Midea) enfatiza para todos su función económico-comercial, alejando la posibilidad de una especialización en actividades diferentes (militares y económicas).

119 «Micenas y la Argólida: los textos micénicos en su contexto». C. VARIAS (ed.), *Actas del Simposio Internacional 55 Años de Micenología (1952-2007)*. Bellaterra, 12-13 abril de 2007. Bellaterra, 2012, pp. 233-257.

120 Cabe apuntar que los de Ayios Vasilios anotan empuñaduras de dagas, textiles y sustancias aromáticas; surtido de productos que entran muy bien en los registros de cualquier palacio. Respecto a este reino v., además, el étnico, aparecido en Tebas y ya mencionado, *ra-ke-da-mi-ni-jo*.

3.2.5. Siguiendo a J. BENNET¹²¹, en el caso de Cnoso (v. fig. 5), estaríamos hablando de un centenar aproximado de topónimos identificados en su documentación, de entre los que, de acuerdo con J. K. MCARTHUR¹²², podemos situar en el mapa de la isla con total seguridad los de *ku-do-ni-ja*, *a-pa-ta-wa*, *tu-ri-so*, *ko-no-so*, *a-mi-ni-so*, *pa-i-to*, *ru-ki-to* y *wi-na-to*¹²³; «puntos fijos» a los que se han añadido, con posterioridad, los menos seguros *su-ki-ri-ta* y *e-ko-so*¹²⁴.

De su disposición en el mapa, y mediante la aplicación de las asociaciones de los otros topónimos con los mencionados «puntos fijos» cabe extraer varias consecuencias. La primera, que el reino micénico de Cnoso, tal como atestigua la toponimia contenida en sus documentos, en la época de su archivo principal (ca. 1350 a.C.), se extendería de O a E de la isla, siendo *ku-do-ni-ja* y los montes *Lasizi* (en cuya proximidad se ubican *ru-ki-to* y *wi-na-to*) sus extremos occidental y oriental, respectivamente. Supone ello, aproximadamente, dos tercios de la superficie total de Creta; quedando fuera de su control su parte más meridional, la que media entre los montes *Lasizi* (región de Malia) y los lugares de *Palekastro* y *Kato Zakro*, en el extremo de su costa oriental¹²⁵.

Definido el espacio geográfico de este reino, las cuestiones pendientes son las de discernir la historia de su proceso expansivo y de qué manera y hasta qué momento ese territorio fue administrado por su palacio.

Como J. DRIESSEN¹²⁶ ya había observado, los documentos del archivo de Cnoso corresponden, cuanto menos, a dos niveles de destrucción que, aproximadamente, pueden fecharse, respectivamente, hacia el 1450/1425 a.C. y entre el 1375/1340 a.C.¹²⁷ En términos descriptivos se trata, para el pri-

121 V., por ejemplo, su a. c. en n. 52, p. 148.

122 A. c. en n. 45.

123 Para su identificación v. la n. 19.

124 Cf. J. BENNET, a. c. *supra*, p. 149.

125 Es decir, de las siete zonas en las que dividía la isla M. POPHAM («Cretan sites occupied between c. 1450-1400 B.C.». *Annual of the British School of Athens* 75, 1980, pp. 163-167) que, enumeradas de O a E, son La Canea, Rétimo, Creta central (con *ko-no-so* al N, y *pa-i-to* al S), Malía, Mirto, Gurniá y Palekastro y Kato-Zakro, corresponderían al reino micénico de Cnoso, como mucho, las cuatro primeras.

126 *The Scribes of the Room of the Chariot Tablets at Knossos. Interdisciplinary Approach to the Study of a Linear B Deposit*. (Suplementos a *Minos*, nº 15). Salamanca, 2000.

127 En concreto, y basados en las tablas cronológicas de C. SHELMEIDINE («Were Do We Go from Here? And How Can the Linear B Tablets Help Us to Get There?». *Aegaeum* 18, p. 294) y J. DRIESSEN («Chronology of the Linear B Texts» Y. DUHOUX - A. MORPURGO DAVIES [eds.], o. c. en n. 52, pp. 69-79, esp. 76), con alguna modificación debida a bibliografía posterior, puede afirmarse que al MR II - MR III A1 (el estrato más antiguo) corresponden las tablillas encontradas en la llamada *Room of Chariot Tablets*; del MR III A2, son las de la *Room of the Column Bases*, finalmente, el resto de tablillas pertenecerían al MR III A2 ó MR III B1. En términos aproximados puede darse las referencias anuales, a.C., de entre 1425 y 1390, para el MR II; 1390 - 1340/1330, para el MR III A; 1340/1330 - 1190 para el MR III B y ca. 1190 - ca. 1070, para el MR III C. Por su parte, L. GODART en sus trabajos en colaboración con SACCONI y, anteriormente, con Y. TZEDAKIS, refiere las tablillas de la RCT al ca. 1450, en tanto el resto del archivo al ca. 1375.

mer nivel de destrucción, de las tablillas encontradas en la que Evans llamó *Room of Chariot Tablets (RCT)*; en tanto que componen el segundo la mayoría del resto del archivo. Son varias las utilidades que pueden extraerse del análisis de esta diferencia cronológica, entre las que destacan la posibilidad de explorar la historia de la expansión del reino de Cnoso y, secundariamente, la de la ascensión a esa categoría del de La Canea.

Respecto a la primera (la expansión del reino de Cnoso), J. DRIESSEN¹²⁸ ya había advertido que los topónimos anotados en las tablillas del primer estrato del archivo (el de las tablillas de *RCT*) no constataban la zona centro-oriental de Creta ni, probablemente, la del valle de Amari; de lo que debía inferirse que la expansión cnosia sobre estas áreas correspondería a una época posterior.

Por otra parte, la localización relativa de topónimos en regiones concretas, mediante la observación de sus relaciones contextuales con los llamados «puntos fijos»¹²⁹ (debida a la complementariedad de los datos arqueológicos con los que aportan las tablillas), así como el número de «collectors» que aparecen en los grupos de topónimos¹³⁰, ha permitido a BENNET, en una serie de trabajos¹³¹, además de deducir la posibilidad de que los textos conservados indiquen la extensión del territorio administrado por el palacio cnósio en la Creta del MR III B, la reconstrucción para este centro de un modelo económico-administrativo que estaría caracterizado por: a) una cierta descentralización que supondría la existencia de centros (regionales) «de segundo orden»¹³², respecto de palacio, de los que, a su vez, dependerían las localidades «de tercer orden» situadas en su vecindad, y b) por diferentes tipologías de integración para las regiones, marcadas por su grado de dependencia respecto de los «collectors»¹³³.

128 A. c. en n. 75.

129 *wi-na-to* (la moderna Inato) y *ra-su-to* (Λάσυνθος) en la parte centro-meridional de la isla; *e-ko-so* (Άζος) y *su-ki-ri-ta* (Σύβριτα), en la parte contraria (zona centro-occidental); *ru-ki-to* (= Λύκτος) y, probablemente, *di-ka-ta* (Δίκτα), en la región de Cnoso, y, finalmente, los topónimos de la serie Co, entre los que aparecen *ku-do-ni-ja* y *a-pa-ta-wa*, lógicamente, a occidente.

130 Como se ha dicho, tanto HART (a. c. en n. 25, pp. 10-15), como PALMER (a. c. en n. 35, p. 34), habían comprobado que su número aumentaba en proporción directa a la distancia del lugar en que se les anotaba respecto de palacio (lo que otorgaba a su presencia una implicación espacial).

131 Originados en su tesis doctoral: *Aspects of the Administrative Organization of LM II-III B Crete: A Study Based on Archaeological and Textual Data*. U. Cambridge, 1986.

132 De los que han sido identificados: Amniso, *se-to-i-ja*, Festo, *da-*22-to*, *ku-ta-to* y La Canea. Algunos de estos centros, en ocasiones, coincidirán con lugares que ya habían sido importantes en el período anterior a la introducción de la lineal B como escritura administrativa (*pa-i-to*, por ejemplo); lo que confirma que los micénicos de Cnoso habrían incorporado a su red administrativa los centros palaciales anteriores (J. BENNET, «Knossos in Context: Comparative Perspectives on the Linear B Administration of LM II-III Crete». *American Journal of Archaeology* 94, 1990, pp. 193-211).

133 Más adelante, A. GRECO («Da Minosse ad Omero: Spunti e riflessioni». *Sileno* 26, 2000, pp. 117-127) reconoce la importancia de algunos de estos personajes en el sistema administrativo, cuando propone una clasificación de estos individuos basada, precisamente, en su rango y su función. De manera que los del rango «superior» serían los que habrían desempeñado un papel importante en la administración política y económica del estado; los del nivel siguiente se ocuparían de la industria textil y los rebaños; finalmente, los «inferiores» estarían circunscritos, solamente, al

De la aplicación de este modelo resulta que el palacio administrará de manera directa solamente su entorno (región centro-septentrional); en tanto que en las regiones más alejadas, en las que la menor presión de palacio es compensada con un mayor grado de control a través de «collectors», lo hará a través de los «centros secundarios».

3.2.6. Respecto a La Canea (v. fig. 5), para cuya región BENNET¹³⁴ aceptará un estatus probable de semi-independencia en la época del archivo principal de Cnoso (el del segundo estrato de Driessen), los hallazgos tabléuticos que afloraron la excavación greco-sueca de 1990, aseguran la realidad de un archivo en ese lugar con posterioridad al mencionado de Cnoso¹³⁵. De ello parece concluirse la realidad de un centro palacial en La Canea en el MR III B1 que, tutelado por los micénicos continentales y muy inferior en tamaño e importancia al de Cnoso, desapareció con el final del período palacial en el MR III B¹³⁶.

La cuestión se plantea en términos de coexistencia, o no, de dos reinos en Creta en el MR III B, caso de aceptar, o no, que la última destrucción de Cnoso correspondiera a ese período.

Ha sido L. GODART, quien, en una serie de trabajos en colaboración¹³⁷, ha defendido, sin fisuras, la realidad sucesiva, de dos estados en la Creta micénica; de los que el de La Canea, respecto al de Cnoso, habría sido, como se ha dicho, el de menor trayectoria cronológica (MR III B) y magnitud territorial (limitada a su región).

En su argumentación solo contempla la realidad de dos destrucciones en Cnoso que habrían secuenciado el material de su archivo en otros dos estratos. Tras la segunda destrucción, habría continuado un nuevo reino micénico en La Canea, «pálido reflejo del de Cnoso», que, con la probable aquiescencia de los micénicos continentales y limitado solamente a la zona

control de los rebaños. En cuanto a GODART (*a. c.* en n. 32), si bien decanta sus funciones hacia la esfera económica, no por ello les resta importancia social y, quizá, política, cuando los identifica como portadores de los sellos, cuya impronta autentificaría las relaciones comerciales entre la administración y el personal a su servicio, subrayando lo escaso de su número, según se desprende del de improntas diferentes encontradas. En efecto, las más de mil descubiertas en Monastiraki pertenecen, tan solo, a algo más de veinte sellos diferentes.

134 V. *a. c.* en n. 52, p. 150.

135 Cf. E. HALLAGER - M. VLASAKIS - B. P. HALLAGER, «The first Linear B Tablet(s) from Khania, with an epigraphical appendix by E. Hallager» (*Kadmos* 29, 1990, pp. 24-34 [esp. 34]) y E. HALLAGER - M. VLASAKIS - B. P. HALLAGER, «New Linear B Tablets from Khania» (*Id.* 31, 1992, pp. 61-87).

136 Hacia el MR III A2/MR III B, para E. HALLAGER, «Final Palatial Crete. An Essay in Minoan Chronology». *Studies in Ancient History and Numismatics, presented to Rudi Thomsen*. Aarhus, 1988, pp. 11-21.

137 Escogemos, de entre ellos, dos con Y. TZEDAKIS y uno con A. SACCONI. Son, respectivamente, «La storia della lineare B e le scoperte di Armenoi e La Canea». *Rivista di Filologia e Istruzione Classica* 117, 1989, pp. 385-409; «Les nouveaux textes en linéaire B de La Canée». *Id.* 119, 1991, pp. 129-149 y, el ya mencionado, «La géographie des états mycéniens». *Comptes Rendus: Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 1999:2, pp. 527-546.

occidental de la isla, habría sido el responsable de la exportación de las jarras de estribo inscritas al continente¹³⁸.

Cabe, quizá, una última reflexión sobre este asunto. Como ha indicado Bennet, el sistema administrativo de Cnosos era peculiar. Desde esta perspectiva es posible que los documentos caniotas sean una consecuencia de esa peculiaridad (subrayada, seguramente, por tratarse de la región más alejada de Cnosos, a la que Bennet le reconocía un estatus de semi-independencia). En cuanto a la similitud gráfica entre las tablillas del escriba 115 de Cnosos y las tablillas de La Canea **Ar 4** y **Gq 5**, si bien la disputa parece resuelta negando que el escriba 115 de Cnosos sea el autor de las tablillas caniotas, parece difícil aceptar, como afirma Godart, no ya que se trate de un caso de «escuela», sino que el lapso entre ambos haya podido ser de hasta una o dos generaciones¹³⁹.

En resumen, lo cierto es que en tanto no puedan atribuirse, con certeza, documentos cnósios al MR III B (puesto que como ha argumentado Godart el ejemplo de **KN Z 1716** no es válido), no podremos estar seguros de la existencia de uno o dos reinos en la Creta micénica. De lo que sí podremos estarlo, hoy, es de la realidad de dos centros administrativos. Uno, el de Cnosos, cuya documentación, por lo que sabemos hasta ahora, interesa a casi dos terceras partes de la isla y parece concluir a comienzos del MR III B; el otro, La Canea, con una documentación atestiguada, hoy por hoy, cuantitativamente muy inferior (tres tablillas), que corresponde al final del período micénico en Creta¹⁴⁰.

138 Para Godart, la aparición en la *Unexplored House* de Cnosos de una jarra de estribo inscrita (**KN Z 1716**), datable en el MR III B, no prueba la continuidad del palacio cnósio hasta esa época; puesto que la aparición de otras dos jarras, con idéntica inscripción (*wi-na-jo*, un antropónimo), probablemente pintadas por la misma «mano» e, igualmente, procedentes del mismo alfar, en Armenos (**AR Z 1**), Creta central, y en Midea (**MI Z 4**), Argólida, en el continente, convierten a la cnosia en una importación, posterior a la caída del palacio.

139 J. DRIESSEN («Le palais de Cnossos au MR II-III: combien de destructions?». J. DRIESSEN - A. FARNOUX [eds.], *La Crète Mycénienne: Actes de la Table Ronde Internationale organisée par l'École française d'Athènes*. Atenas - París, 1997 [= *BCH*, Suppl. 30], pp. 113-134 [esp. 134]), aborda la cuestión que, en realidad, está planteando Bennet, respecto a la definición del estatus de La Canea en el MR III B1, ya como palacio, ya como un centro administrativo subordinado a Cnosos. Advierte que admitir la segunda posibilidad entraña poner en cuestión la equivalencia entre tablillas y palacio y, además, la de reconsiderar el estatus de Cnosos en cada una de sus épocas administrativas; puesto que es posible preguntarse si el escriba autor de las tablillas de la Canea era un cnósio que había ido a trabajar a La Canea o un caniota que había pasado antes por Cnosos.

140 Prueba de lo desesperante del asunto era la reflexión de H. y M. VAN EFFENTERRE («Sur la Crète mycénienne», o. c. en n. anterior, pp. 485-486), quienes encarecen la complejidad política de la Creta micénica, lejos de concepciones simplistas y unitarias. En este sentido, y poniendo como ejemplos los casos de Malia y La Canea, llegan a afirmar que la Creta postminoica no será, en absoluto, una unidad, sino un mosaico de ciudades y aldeas; algo que se acentuará a finales del Bronce Reciente y en los comienzos de la «Edad Oscura».

Figura 1. El reino de Pilo, según las tablillas
(Fuente: de M. S. RUIPÉRZ - J. L. MELENA, *Los griegos micénicos*. Madrid, 1990, p. 113).

Figura 2. Modelos de expansión del reino de Pilo
(Fuente: J. BENNET, «Space Through Time: Diachronic Perspectives on the Spatial Organization of the Pylian State». *AEGAUM* 12, 1995, lám. LXXI)

Figura 3. La Beocia micénica
(Fuente: de M. DEL FREO, «The geographical names in the linear B texts from Thebes». *PASIPHAE* 3, 2009, p. 66).

Figura 4. El «Sistema Argos» (Mapa básico procedente de C. VARIAS GARCÍA, «Micenas y la Argólida: los textos micénicos en su contexto». C. VARIAS GARCÍA [ed.], *Actas del Simposio Internacional 55 Años de Micenología [1952-2007]*. Bellaterra, 2012, p. 235 [= FAVENTIA, Suppl. 1]). (Fuente: P. DARQUE, «Argos et la plaine argienne à l'époque mycénienne». A. PARIENTE - G. TOUCHAIS (eds.), *Argos et l'Argolide. Topographie et urbanisme*. Paris, 1998, p. 115)

Figura 5. Creta en la Edad del Bronce. (Fuente: de M. S. Ruipérez - J. L. Melena, *Los griegos micénicos*. Madrid, 1990, p. 121)